

SEÑORES DE LA SOMBRA



Este primer libro de la nueva y trepidante serie de Novelas de tribu de White Wolf nos muestra el esplendor y la decadencia de los Garou, los hombres lobo del Mundo de tinieblas.

En los Señores de la Sombra veremos cómo las diversas facciones de Garou pugnan entre sí por la supremacía.



Gherbod Fleming

Señores de la Sombra

Novelas de tribu - 1

ePub r1.3

TaliZorah 26.12.13

Título original: *Tribe Novel: Shadow Lords & Get of Fenris*

Gherbod Fleming, 2001

Traducción: Manuel de los Reyes

Ilustración de la portada: Steve Prescott

Diseño de portada: TaliZorah

Editor digital: TaliZorah

Corrección de erratas: pequezere (r1.2)

ePub base r1.0



Capítulo uno



En el momento en el que Yaroslav Neyizhsalo llegó a las afueras del pueblo, se irguió y comenzó a caminar sobre dos piernas embutidas en botas altas, piernas humanas, semejantes a las de cualquiera de los vecinos del poblado. Los mismos vecinos que no podrían verlo; ni en el camino ni atravesando las calles desiertas. Hermana Luna, por el contrario, había renunciado a parapetos esa noche; Yaroslav no tardaría en acabar la tarea que lo ocupaba, cuando el semblante selénico hubiese dejado de asomarse al firmamento.

Pese a la perentoriedad de su misión, Yaroslav escatimaba apremios. La sangre real que fluía por sus venas era sangre paciente; su linaje había sufrido innumerables traiciones a lo largo de las eras, donde cada minúscula venganza era una escancia de moscatel que paladear. Ya habría tiempo, tras la batalla final, para entregarse al abandono y apurar las copas hasta las heces. Ya se habían tramado los planes y lo único que restaba era ponerlos en práctica.

Las sombras se habían enseñoreado de la aldea, encajada como estaba en el seno de las cordilleras de los Cárpatos. La luz, escatimada, sorteaba los límites de las cortinas echadas en las cabañas insulares en un vano esfuerzo por hacer frente a la noche y a todo lo que ésta ocultaba, a recaudo de los dinteles de los hogares. Yaroslav se abrió camino en silencio entre hileras de píceas y abetos, manteniéndose a una distancia prudencial de los establos a fin de no sobresaltar a las domesticadas bestias. El humo procedente de las chimeneas de algunas de las casas mancillaba el aire; a horcajadas sobre sus volutas cabalgaba un aroma distinto al de la leña añeja, un olor apenas perceptible para quien no lo anduviera esperando. Yaroslav siguió el rastro hasta su origen: una casa en particular, sin nada que la destacase del resto de los edificios colindantes; una construcción estucada con diseños diamantinos inscritos en las paredes; tejado a teja vana; maderas pintadas que durante el día habrían de relucir plenas de brillo y color, pero que por la noche se difuminaban en pálidas pinceladas violetas a la luz de las estrellas. Una verja de escasa altura delimitaba ordenadas huertas y jardines. Tras la casa se levantaban varios tinglados de madera, más modestos.

Yaroslav rodeó el camino de entrada frente a la casa, con sigilo, hasta llegar a la puerta trasera. La encontró sin candar. Penetró en el edificio para abrirse paso a través de la atestada cocina y dejó atrás el fogón de leña para llegar a una estancia más amplia, tenuemente iluminada, donde un anciano se encontraba sentado en una silla de madera de severo respaldo, enfrascado en una talla. La habitación albergaba un horno de cerámica. El vaporoso aroma que había seguido Yaroslav era aquí muy pronunciado; el penetrante y grosero hedor del ajeno incandescente empañaba el cuarto de tal modo que dificultaba el respirar.

El anciano levantó los ojos de su talla. A la luz de la lámpara de queroseno que alumbraba a su lado, su rostro se veía enjuto e inexpresivo, escarpado igual que un risco azotado por los vientos. Vio a Yaroslav. La negra capa del visitante lo ocultaba a la vista incluso a tan corta distancia, pero el anciano lo vio... lo vio y reanudó su talla sin más comentario. Poseía unos dedos largos, nudosos en las articulaciones, sin que esto le impidiera manejar con pericia el cuchillo que estaba arrancando a pedazos a un trozo de madera de haya la forma de un animal, de una cabra. Bajo la silla del anciano, todo un rebaño de cabras de madera de haya languidecía en un montón, quizás para venderse algún día en alguna de las ciudades de mayor tamaño, o incluso para llegar a enviarse lejos, a Uzhhorod. Ante él se extendía una manta adonde iban a parar las virutas.

—Más te valdría no apartar la vista, abuelo —dijo Yaroslav, irritado por el indiferente recibimiento.

—Yo no soy tu abuelo —repuso el anciano, sin alzar la mirada. Tras una finta del cuchillo, una viruta de madera traspuso los límites de la manta para estrellarse contra la bota de Yaroslav.

Éste sintió que algo se agitaba en su interior; reprimió el gruñido que se amasaba en lo más hondo de su garganta. Tras aplastar la viruta bajo la suela de su bota, se adentró en la habitación para cernirse sobre el anciano, que levó sus pitarrosos ojos y se encogió de hombros ante la velada amenaza.

—Muchos son los años que he vivido. El mundo no me echará de menos, ni yo a él. En cambio, tú —azuzó a Yaroslav con la cornamenta de la cabra a medio formar— sí que me extrañarías. Todos tus esfuerzos habrían sido en balde sin mí, ¿no es así?

—Presunciones, abuelo. Intento mostrarte el debido respeto. Harías bien en corresponder a mi sentir.

—Respeto! —bufó el anciano—. Ves un cascajo marchito por los años y lo llamas abuelo. ¿Eso es respeto? ¿Eres tú tan merecedor de respeto, lobato? ¿La madre Gaia mira con buenos ojos a quienes conspiran para asesinar a los suyos?

Yaroslav no contuvo el gruñido esta vez.

—Tú no tienes ni idea de quiénes son los míos de verdad, perro de mala raza! Ni de cuál es ese respeto al que aludes —espetó Yaroslav, amenazador—. Los años te han embotado el pensamiento.

El anciano sofocó una risita y volvió a concentrarse en su talla, indolente ante la ira que tronaba ante él.

—¿Cómo te llamas, lobato?

Yaroslav se abalanzó hacia delante para asir con una mano la muñeca hábil del anciano mientras, con la otra, apretaba su propio filo contra la egregia garganta.

—Dirígete a mí tal y como corresponde a mi rango —escupió Yaroslav entre dientes—. ¿Entendido? Si no, por mucho que mis planes dependan de ti, nuestra relación laboral será poco menos que breve.

El anciano entrecerró los ojos y sostuvo la fulminante mirada de Yaroslav durante un momento.

—¿Cómo te llamas? —repitió. Su voz había adquirido un tono neutral, salpimentado con una gota de repulsión; olvidada quedaba la mordacidad.

Yaroslav mantuvo su actitud durante algunos segundos antes de retroceder y enfundar la hoja.

—Yaroslav Ivanovich Neyizhsalo.

El anciano se frotó la garganta y frunció el ceño.

—Te llamaré Yaroslav Vovkovych. Todos sois Vovkovych para mí, hijos del lobo.

A Yaroslav no le importaba el apelativo, ni el recalcitrante comportamiento de su anfitrión, si bien el anciano tenía razón en una cosa: Sin él, la misión de Yaroslav se convertiría en algo prácticamente imposible. Por tanto, hubo de sofrenar el impulso de extirparle el corazón a aquel viejo, arrogante y estúpido, por grande que fuese la tentación. Bastaría, por el momento, con que el anciano no se mostrase irrespetuoso a las claras.

—Así pues, he cultivado ajeno en mi huerta y lo llevo quemando desde hace semanas para que pudieras encontrarme cuando estuvieses preparado. ¿Lo estás ahora, por fin?

Yaroslav hizo caso omiso de la puya. No picaría el anzuelo; ya ajustaría cuentas con el anciano. Después.

—Se aproxima el momento. Convoca a los demás y volveré a esta misma hora mañana por la noche.

El anciano asintió con la cabeza.

—Así será, Yaroslav Vovkovich. Me hará falta ese tiempo. Aquellos a los que voy a convocar se encuentran a un día de distancia hacia el oeste. —Despacio, una sonrisa malsana se adueñó de su accidentado semblante, revelando unos dientes amarillentos para mayor efecto—. En épocas de ansiedad, apelamos a Gaia —entonó el antiquísimo proverbio—. Pero tú, Vovkovich, apelarás a mí.

Capítulo dos



Los nudillos tocaron la puerta antes de que el Alba hubiese despertado por completo.

—Ha llegado, Oksana Yahnivna —proclamó el sirviente, desde el exterior de la cabaña. Oksana paladeó el primer aliento de la mañana, fresca, tal y como había transcurrido la noche. A pesar de los postigos que cubrían las ventanas, y aun pese a haberse visto arrancada de su sueño sin previo aviso, Oksana supo la hora exacta del día: Hermana Luna, tras apenas atisbar el mundo desde las alturas, hacía horas que se había retirado, mucho antes que la propia Oksana. Inhaló otro profundo aliento y se frotó el rostro con las manos.

—¿Oksana Yahnivna?

—Trae una palangana.

—La tengo.

Oksana dedicó un mohín a la puerta cerrada. Ya tendría que saber que el muchacho, Gennady, intentaría congraciarse con ella. Echó para atrás las mantas y se irguió, envuelta por la fría mañana.

—Entra.

Gennady penetró en la habitación portando la palangana llena de agua procedente del manantial. Humilló los ojos, intimidado ante la desnudez de Oksana. O quizá fuese la misma mujer, tanto cubierta como al descubierto, la que lo intimidaba. El muchacho parecía desconcertado por el desdén que ella le dedicaba.

—Déjala ahí —apuntó Oksana, al tiempo que se desperezaba y sus manos se tendían hacia el techo—. Y diles que acudiré sin demora.

El muchacho asintió y se apresuró a desandar sus pasos. Qué impropio, pensó Oksana, que un Garou de pura sangre se comportase como una criada... si es que alguno de estos Hijos de Gaia podía optar al apelativo de pura sangre. Oksana albergaba sus dudas. El acarrear agua para las abluciones era tarea de la Parentela. Así se lo había dicho a Sergiy, pero éste opinaba que los recados humildes resultaban productivos para los recién cambiados, que les enseñaba el valor del servicio y la humildad. La degradación, según Oksana, no resultaba útil más que para aquellos que proyectaban ser degradados. El combate producía guerreros capaces; la tutela, si hábil, engendraba consejeros de confianza.

Oksana se bañó con un trapo de tela basta y el agua que había traído Gennady, la cual arrastró el sueño aún adherido a sus ojos y el polvo de su cuerpo. Su piel se tornó de gallina; una corriente eléctrica la tonificó. Sergiy decía que las aguas del manantial eran las lágrimas de Gaia, rebosantes por los poros de la tierra. Fue él quien encontró el acuífero. Los Galliard cantaban que había llorado y que, al compartir el dolor de la madre Gaia, sus lágrimas habían invocado las de ella. Todo esto tras la muerte de la Bruja. Pese a las excentricidades de Sergiy y sus extrañas teorías acerca de la humildad, Oksana no podía negar el hecho de que la tierra precisaba cuidados, y la fuente manaba fuerte y pura.

Enséñale eso a tus cachorros, lo había apremiado Oksana: a purificar a la Madre para fortalecerla contra sus enemigos. No a acarrear agua ni a hacer las camas.

Ya aseada y despierta por completo, Oksana se cubrió con una túnica de seda, un grueso justillo de lana y pantalones sobre el mismo, y se calzó las botas. Recogió sobre la nuca su negra melena lisa, aún empapada, para anudarla con una cinta de cuero sujeta a una amatista, oscura y nublada contra la costumbre de ese tipo de gema. Por último, se echó sobre los hombros una capa de piel de lince que la caldeó y que alejó el frío de las aguas del manantial.

El prado se mostraba en calma a la luz del día a medida que Oksana cubría distancias en dirección a la fuente. El Clan del Alba, según la mayoría de sus miembros, ostentaba una metáfora por nombre. Los Garou preferían cazar y celebrar sus festejos bien adentrada la noche. El Alba era un acontecimiento que muchos podían aseverar no haber presenciado desde hacía años. Oksana solía contarse entre ellos. El venerable anciano de la manada era uno de los pocos que acostumbraba a gozar de los primeros rayos de Hermano Sol, rutina que a Oksana no le hubiese importado que se guardase para él solo. La gloria del Alba no era lo que la había sacado de la cama a aquellas horas.

Encontró al venerable anciano frente al sauce gigante junto a la fuente. Sergiy Pisa la Mañana era un hombre cuya impresionante estatura quedaba rematada por una asilvestrada melena muy rubia. Sus piernas eran tan gruesas como olmos adultos, tamaño que casi alcanzaban sus musculosos brazos desnudos. Lo que más llamaba la atención de su fisonomía, no obstante, eran sus ojos, pálidos y etéreos igual que un cielo de verano tras la tormenta. Aquella mirada poseía la cualidad de bañar por entero a una persona, igual que haría la fuente con quien se colocara bajo su

chorro. Pisa la Mañana no estaba solo. El grupo que formaba junto a su invitado y dos más descansaba en unos asientos bajos de sauce sin trabajar, formados por las raíces del gigantesco árbol al sobresalir del suelo antes de volver a enhebrarse en la tierra.

El invitado no era otro que Lord Arkady de la Causa de la Luna Creciente, linaje europeo preeminente de Colmillos Plateados. Arkady se cubría con elegantes sedas, chaleco y calzones de cuero, y botas negras hasta la rodilla. Un gran klaive reluciente descansaba a su costado. Su tez era morena, si bien no tanto como la de Oksana. Parecía levemente resentido por el hecho de que ella, la consejera de confianza de Pisa la Mañana, no hubiese acudido más presta.

—Lord Arkady —pronunció Sergiy con su profundo vozarrón, el cual levantó ondulaciones en la superficie del manantial—, os presento a la estimada Oksana Yahnivna Maslov, de nuestros hermanos los Señores de la Sombra.

Arkady se incorporó y efectuó una graciosa reverencia.

—Disculpadme si he interrumpido vuestro descanso, Oksana Yahnivna —obsequió, al tiempo que enunciaba su apenas velado reproche.

—Si hubiésemos conocido los pormenores de vuestra llegada con mayor precisión —contestó Oksana, al tiempo que correspondía a la reverencia de Arkady—, estoy segura de que Sergiy Pisa la Mañana se habría ocupado de que toda la manada se encontrase presente para ensalzar vuestras singulares hazañas.

—Lord Arkady nos alertó de su venida —intervino uno de los otros dos Garou presentes, Victor Svorenko, un Colmillito Plateado procedente del Clan del Pájaro de Fuego, y el motivo de la embajada de Arkady. A Oksana, Svorenko le daba siempre la impresión de ser algo picajoso... y a menudo más que eso. En ocasiones, se recriminaba por el hecho de que hubiese sido su consejo el que lo

había traído, así como al quinto Garou, Arne Ruina del Wyrn, al Clan del Alba.

—También sabemos que el Apocalipsis se aproxima —repuso Oksana, tajante—, pero sin anuncios más definitivos cuesta poner fin al debate acerca de la hora exacta y el modo en que se producirá dicha venida.

Svorenko balbució antes de recuperar la voz.

—¿Cómo te atreves a mofarte de asuntos tan serios!

Oksana lo inmovilizó con torvos ojos de acero. Consideró la posibilidad de morderse la lengua, pero le pareció que mostrarse deferente hacia Lord Arkady ya era molestia suficiente; aquel cachorro de Colmillo ponía a prueba su paciencia.

—No me mofo, pequeño. Ni me arredra hablar de aquello a lo que nos enfrentamos día y noche. Puede que lo comprendas cuando seas mayor y hayas visto más.

Svorenko comenzaba a incorporarse cuando lo sujetó sin tocarlo la mano alzada de Pisa la Mañana. Para sorpresa del joven Colmillo Plateado, el anciano comenzó a reír. Su franca carcajada consiguió que las hojas del sauce se mecieran, como contagiadas de su dicha.

—Tranquilo, cachorro —rió Sergiy Pisa la Mañana—. El joven Svorenko protege el honor de su hermano cuando no hace falta. Te pregunto, ¿acaso roba la masa el panadero? Ahora eriza los pelos porque lo llamo cachorro. De nuevo te digo, tranquilo. Aquí estamos entre amigos. Siente el calor del sol y bebe de las bondades de esta fuente, y recuerda que toda la gloria es de Gaia.

Svorenko, disuadido aunque apenas conforme, volvió a ocupar su asiento. También Oksana se sentó, a la izquierda de Pisa la Mañana, un lugar de honor, igual que el asiento que ocupaba Arkady a la derecha. Aquel joven Colmillo Plateado, pensó la mujer, sí que se beneficiaría de las excelencias de los humildes

recados, si es que la humildad era algo que podía aprenderse. Pero ni siquiera Sergiy lograría convencer a un Colmillo Plateado de tal cosa. Victor renunciaría a su tutela y regresaría a Rusia antes de aceptar un acomodamiento inferior al que dictaba su posición. Igual que haría Oksana, caso de verse en su lugar... aunque ella sabría recordar el lugar que ocupaba y se mordería la lengua en presencia de los mayores.

Al menos, el principiante no había echado mano del klaive que portaba al cinto; aquello habría supuesto un insulto que ni siquiera el afable Sergiy podría haber pasado por alto. El que Svorenko portase siquiera el filo de plata ya delataba la desmesurada soberbia de los Colmillos. El klaive, tal y como Victor había tenido a bien informar a todo aquel dispuesto a escuchar poco después de su llegada al túmulo, era un regalo de su primo, Lord Arkady.

Tanto más tonto, éste, había pensado Oksana en aquellos momentos... idea reforzada desde entonces, hasta llegar a esta mañana.

—Permaneced quietos —dijo Pisa la Mañana con su voz poderosa—, y sabed que Gaia es la madre de todos nosotros.

Impulsados por la anhelante veneración que translucían sus palabras, los Garou se quedaron quietos y en silencio. En ese momento se levantó una brisa del oeste, sin que se hiciera sentir su frío, ya que el sol comenzaba a escalar el oriente del horizonte, más allá del límite inferior de la vega. Oksana desanudó su capa de piel de lince y aspiró el calor. Una sinfonía de gorriones y tórtolas dolientes le dieron la bienvenida al amanecer; a su canción se sumó el estremecer de las hojas del sauce sobre las cabezas de los Garou.

La rubiacha y enmarañada melena de Sergiy precedió el alzamiento de éste, los ojos cerrados, los brazos extendidos en

toda su envergadura. Su abrazo bien pudiera haber abarcado a sus cuatro acompañantes, aunque a Oksana le parecía que lo que deseaba Pisa la Mañana era abrazar a la mismísima mañana, adueñarse de ella y apretarla contra su pecho. Pensó que, si hubiese alguien capaz de tal cosa, ése sería él. Le resultaba tan extraño... aquel colosal Garou que recibía con tal ardor cada amanecer; era tan gigantesco y plácido como el sauce que se erguía sobre ellos. Extraño, y tan distinto de ella, además, y de los suyos, que anhelaban el acogedor abrazo de la oscuridad.

—Ahhh —suspiró Sergiy en voz alta.

Oksana se sintió exhalar junto al venerable anciano; escuchó a los otros hacer lo mismo. Pudo leer en sus expresiones que, al igual que ella, era la primera vez que ellos cobraban conciencia de haber recibido al nuevo día, de haber aspirado la mañana con tanto entusiasmo como Pisa la Mañana... y de haber contenido aquel aliento.

—Gennady —llamó Sergiy. El joven Garou tardó un momento en presentarse.

Traía consigo una bandeja de tazas de cerámica llenas de agua del manantial para los cinco reunidos bajo el sauce. También portaba un ancho tazón a rebosar de *vysshnyas*, el cual pasó de mano en mano. Oksana cogió un puñado de cerezas y las devoró de una en una, donde cada explosión de los ácidos y vibrantes jugos afrutados la obligó a fruncir los labios al tiempo que le dejaba la boca salivando por más. No pudo evitar el darse cuenta de la expresión de deleite soslayado que asomaba al rostro de Sergiy mientras comía la fruta. Para él, el fin del ayuno era más que una satisfacción de la necesidad de alimento; era un homenaje a Gaia, una muestra de sus fabulosos tesoros.

El agua del manantial constituía el complemento ideal de las agrias *vysshnyas*... vivificante, purificadora. Para cuando el grupo

hubo dado cuenta de su frugal comida, una agradable languidez se había adueñado de Oksana. Sentía calor y dicha; su resentimiento hacia los Colmillos, ya que no erradicado, sí que le parecía una carga que transportar en mejor momento. Que el pequeño Victor presumiese de klaive si le placía; lo más probable era que portándolo de aquel modo llegase a castrarse él solo por accidente, donde quedaría un señorito menos capaz de engendrar.

—Deduzco por la sonrisa de Oksana Yahnivna que sueña despierta —apuntó Sergiy, de buen talante—. Ah, pero ahora la he puesto en guardia. Quizá sea descanso lo que necesitamos todos. Lord Arkady ha venido desde muy lejos. Busquemos la paz en los sueños. Paz, descanso y renovación. Esta noche saldremos de caza, y mañana al alba honraremos a nuestros acogidos y a nuestro invitado. Lord Arkady, como corresponde a un estimado patriarca de los Colmillos Plateados al tiempo que venerable anciano del Clan del Pájaro de Fuego, nos ayudará en nuestro Rito de Reconocimiento para el joven Victor Svorenko. Hasta que llegue la hora de la cacería, pues, como siempre, id con Gaia.

Oksana regresaba poco después a su cabaña. Pese a que el sol seguía ascendiendo y ardiendo cada vez con más fiereza en el firmamento del este, el letargo del manantial y del sauce seguía adherido a ella. Una vez de nuevo bajo techado, se desnudó y volvió a acostarse. Ciertos asuntos requerían su atención. Esa noche iba a ser movida (la llegada de Arkady así lo garantizaba), pero decidió que lo que hubiese de ser, sería, tras lo que desistió de intentar evitar que sus pesados párpados aletearan hasta cerrarse.

Capítulo tres



El relámpago centelló a lo lejos, pero no se veían nubes sobre la Manada del Cielo Nocturno. Transcurrieron varios segundos antes de que el estrépito del trueno llegase a oídos de Laszlo. La tormenta estaba lejos. De momento.

Puede que las nubes furibundas sorteasen a la manada y prosiguieran su camino hacia el este, hacia Ucrania, o quizás el viento las empujase hacia el norte, al interior de Eslovaquia. Laszlo sabía que lo más probable era que la tormenta se estrellara contra los Cárpatos y azotase las montañas infestadas de sanguijuelas con su furia. Eran pocas las calamidades bajo los cielos que no hubiesen caído sobre la manada a lo largo de los años. Que venga el viento, la lluvia y el relámpago, pensó Laszlo. Los Garou habían sobrevivido a desastres muchos peores. De aquellos que se congregaban sobre la llanura a sus pies, pocos serían los que buscasen refugio siquiera. Constituían un grupo indómito y encallecido por la batalla. ¿Qué miedo podrían tenerle a la lluvia? Mientras Laszlo los observaba desde la ladera de la colina, sus aullidos llegaron hasta él, le hablaron: cantares de grandes gestas,

enemigos ejecutados y suelos profanados santificados; cantos fúnebres por los caídos, guerreros llorados y honrados por su sacrificio en aras de Gaia.

Eran demasiados los que habían caído, demasiados Garou, valientes y de corazón noble. Pese a lo cual el Wyrm medraba y se reproducía, propagando estigmas, corrupción y profanación... su excremento, señal de su paso. Pero, daba igual a qué precio, los guerreros de Gaia resistirían y prevalecerían. A Laszlo no le quedaba otra opción más que creer en ello. ¿Cómo si no podría seguir mirando a la cara a la cambiante Hermana Luna?

Apartó los ojos de la planicie y volvió la vista hacia lo alto de la empinada loma que ahora se conocía como Hegy Konietzko. Laszlo apenas consiguió atisbar la sombra silueteada del margrave sentado sobre un peñasco. Era un Garou que desdeñaba los tronos. Los Colmillos Plateados, durante los años que habían controlado la manada, habían dispuesto una sala del trono en una de las cavernas; el margrave había llegado a ocupar el asiento en una ocasión, de forma casi anecdótica, después de que los Señores hubiesen recuperado la manada por primera vez pero, desde entonces, evitaba aquel sitio. Prefería el viento en el rostro, la mellada montaña bajo sus ancas, el mundo ante él. El margrave no se andaba con formalidades a la hora de ejecutar a sirvientes del Wyrm, ni escatimaba esfuerzos cuando tocaba sacrificarse por la salvación de la Madre Gaia. Era duro como la piedra, tan inexorable como las montañas.

Al volver la vista hacia la llanura, Korda Laszlo vio a dos Garou que escalaban el traicionero y sinuoso paso que reptaba por la rocosa falda de la colina. Venían en forma de lobo; de ese modo resultaba más fácil el ascenso del retorcido camino. Laszlo reconoció a la primera por sus simultáneos años al servicio de la manada. Nyareso Anna, Lluvia de Verano, había ascendido hasta el puesto

de Guardián tras retar y derrotar a su predecesor. El oscuro pelaje de Anna aparecía surcado de cicatrices y señales que hablaban del honor de la batalla. Incluso en forma de Lupus, su lomo era ancho, su cuerpo compacto y poderoso.

El segundo Garou era de mayor tamaño, de colores más claros, y exhibía sus propias cicatrices. Se trataba de uno de los muchos forasteros, cada vez más, que habían acudido para hablar con el margrave. Laszlo podía aseverar, basándose en la disposición de la mandíbula de éste, que era desafiador y testarudo. Aquellas eran las características que encajaban con casi todos los miembros de otras tribus que acudían a la llamada del margrave: jóvenes e idealistas, y llenos de ira ante el hecho de que los Garou pareciesen estar siempre perdiendo la guerra.

Cuando ambos se hubieron acercado lo suficiente, Anna Lluvia de Verano se detuvo y le indicó a su compañero que continuara. Treinta metros camino arriba, Laszlo salió al frente.

—*Jó éjszakát*, Hans Schalgen Erst. *¿Beszél németül?*

Hans Golpea Primero ladeó la cabeza pero no dijo nada, así que Laszlo volvió a repetir sus palabras, esta vez en alemán y no en húngaro.

—¿Hablas alemán?

Hans Golpea Primero asintió en esta ocasión. Sobre la falda de la loma, cambió, sus patas se estiraron y ganaron musculatura; se irguió y su hocico se retrajo, dando paso a los rasgos de compleción ligera propios de su forma humana suizo germana.

—*Jawohl*. Hablo alemán.

Laszlo lo invitó a pasar ante él.

—El margrave te entenderá.

El margrave, al igual que Laszlo, hablaba a la perfección varios idiomas humanos. Tras ceder el paso al forastero, Laszlo lo siguió a algunos metros de distancia mientras ascendían un poco más.

La senda se adentraba en una breve garganta de peñascos, antes de torcer bruscamente a la izquierda. Tras el recodo, el camino se abría de repente a una amplia pared de roca pulida por el viento, tanto más asombrosa después de los estrechos confines de la quebrada. Laszlo se acordó del instante de desorientación que se había apoderado de él la primera vez que había realizado aquella ascensión. La pared de roca se extendía como la superficie de la mismísima Luna, y el cielo que la coronaba parecía perderse en el infinito.

Se percató satisfecho del sobresalto de Golpea Primero cuando éste se hubo fijado en la figura que descansaba sobre sus cabezas, en lo alto de la ladera. El margrave Yuri Konietzko se encontraba sentado, alto y erguido. Sus majestuosos cabellos blancos contrastaban con la piel oscura de su capa, bajo la cual resultaban visibles sus brazos desnudos y las muñequeras tachonadas de pinchos. Los rasgos de su cara se perdían en la sombra. En ocasiones, la luz de las estrellas se reflejaba en las gemas y el marfil del mango de la espada que pendía sobre su cadera.

A Laszlo se le ocurrió que tal vez el desdén del margrave hacia los tronos no fuese tan completo; el asiento que tallaran los Colmillos Plateados era sencillamente demasiado frágil para su gusto, puesto que esa noche la propia montaña le servía de trono mientras observaba desde lo alto, autoritario, al joven visitante.

—Mi señor margrave —anunció Laszlo en un alemán fluido—, Hans Golpea Primero, emisario de la Manada de los Manantiales de la Montaña.

Enfrentado al grandor de la montaña y a la majestuosidad del margrave, Golpea Primero parecía que se hubiera olvidado por completo de Laszlo, hasta que hubo pronunciado aquellas palabras. Eso era algo a lo que Korda Laszlo ya estaba acostumbrado.

Su misión consistía en pasar desapercibido, mantenerse en la sombra, observar.

—Saludos, Hans Golpea Primero, bienvenido —dijo Konietzko en un alemán igual de impecable—. No hace tanto que mis viajes me llevaron a tu territorio y al de los tuyos. ¿Traes noticias de los ancianos de los Manantiales de la Montaña?

El margrave hablaba en voz baja; quizá fuese la acústica de la pared rocosa lo que producía aquella impresión de que el discurso de Konietzko asaltaba a su audiencia procedente de todas direcciones.

Con la mirada perdida en la noche, la altivez del forastero pareció reducirse; el propio Golpea Primero parecía encogerse en presencia de Konietzko. No menguaba tan sólo su tamaño, sino también su confianza.

—Mi señor margrave, no he venido ante vos para hablar en nombre de mi manada —comenzó Golpea Primero, obligándose a conciencia a conservar su porte orgulloso—. Hablo en nombre propio y expongo mis propias ideas... y las de un puñado de individuos que las comparten. Aunque quizá no sean tan pocos.

Konietzko, con el rostro ensombrecido por una máscara de tinieblas, miró en silencio a su huésped.

—¿Cuáles son esas palabras que me traes, pues, tanto tuyas como de esos otros?

Golpea Primero vaciló. Miró alrededor, pero el margrave, Laszlo y él se encontraban a solas.

—Nos gusta lo que les dijiste a nuestros ancianos —comenzó despacio, antes de ganar velocidad e intensidad, como si una vez que empezara a hablar ya no pudiese detenerse—. Nos gusta lo que dijiste acerca de expulsar a la Tejedora y destruir al Wyrm. Nuestros ancianos hablan, hablan y hablan, intentando consolar los sentimientos heridos de otras tribus, mientras nuestros

jóvenes guerreros mueren y la Tejedora ocupa nuestro territorio. Se diría que el número de los Danzantes aumenta con cada día que pasa.

Golpea Primero guardó silencio, finalizado su discurso. Las palabras se perdieron en la noche.

—Me alegra el que mis opiniones reciban tan cálida acogida —repuso Konietzko—, pero el viaje desde Suiza es demasiado largo como para emprenderlo con la intención de no decir más que esto.

Golpea Primero estiró el cuello, como si su collar le apretara; volvió a mirar alrededor, reticente a continuar, aunque lo cierto era que había tenido cientos de kilómetros para escoger sus palabras.

—Los ancianos... —comenzó—. Dicen...

—¿Qué es lo que dicen los ancianos? —preguntó Konietzko, con voz neutral, sin prestar ni negar apoyo.

—Dicen... algunos de ellos, desde vuestra embajada a nuestra manada... que sois un demagogo, un tirano, que buscáis poder y control para vos, que no sois digno de confianza. Dicen que no os limitaríais a proteger el territorio Garou, sino a exterminar a los humanos, provocando así un segundo Impergium.

Parecía casi azorado por las difamaciones que había desgranado.

—Y, ¿qué es lo que dices tú, Hans Golpea Primero?

—Ya... ya os lo he dicho —repuso, sorprendido por la pregunta—. No estoy de acuerdo con los ancianos. Tampoco mi manada... y otros, amigos, de nuestra manada y de otras. Los ancianos retuercen vuestras palabras. Sabemos que hay que detener la destrucción del Kaos, pero eso no implica que haya que esclavizarlos.

Laszlo asistía a la conversación en curso con interés. Podía prever adónde conduciría. Hans Golpea Primero no era el primer descontento idealista que acudía en busca de la Manada del Cielo Nocturno; ni el primer cachorro que se adentraba demasiado en el inhóspito mar de la política.

—Eres portador de argumentos a favor y en contra de lo que he dicho —sentenció Konietzko—. Ya conozco esos argumentos. ¿Es eso lo único que traes?

Golpea Primero intentaba ocultar su nerviosismo. Estaba claro que había esperado que el margrave fuese el primero en sacar a colación lo que el joven Garou había ido a decir en persona, pero no sería ése el caso. Con una resolución admirable, y no poco desasosiego y resignación, Golpea Primero fue al grano.

—Yo... y aquellos con los que he hablado... creemos que la Manada de los Manantiales de la Montaña no puede seguir rigiéndose por las decisiones de los ancianos. Tengo la intención de retar a Guy Diente de Sabueso, nuestro líder.

Las palabras flotaron, pesadas, en el cielo alpino. La tormenta, antes distante, ya no se encontraba tan lejos. Sus retumbos se oían cada vez más cerca, y los centelleos de los relámpagos iluminaban la falda de la colina y la llanura a sus pies. La melena plateada de Konietzko relucía en medio de la noche eléctrica, pero su rostro, su expresión, su carácter, seguían siendo tan inescrutables como siempre.

—Por lo general —dijo el margrave—, se me tendría que informar, a modo de cortesía, una vez hubiese tenido lugar el traspaso de poderes.

Pese al temple al que había sometido su coraje, Golpea Primero no estaba preparado para la indiferencia de la respuesta de Konietzko. La fría recepción del margrave lo había desarmado por completo; intentó ofrecer una explicación pero ni siquiera

pudo formar una frase completa, tan sólo balbuceos, como si no fuese el único nativo de habla germana sobre la cara de la loma.

—Ah, que no querías limitarte a informarme —dijo Konietzko, encontrando algo de significado entre la aturrullada consternación de su invitado—. Buscabas algún tipo de ayuda por mi parte, algún tipo de apoyo. —Golpea Primero asintió con la cabeza, avergonzado y aliviado al mismo tiempo por no tener que explicar la totalidad de su plan. Sin embargo, no escaparía tan fácilmente—. ¿Qué clase de apoyo quieres de mí, Hans Golpea Primero?

En honor a la verdad, Golpea Primero recuperó enseguida la compostura y adoptó el gesto de un suplicante orgulloso... aunque suplicante, al fin y al cabo.

—Aceptaría cualquier tipo de ayuda que pudieseis prestarme, mi señor margrave. Cualquier cosa que pudieseis enseñarme y que hiciese mi victoria más segura.

—*Más* segura. Interesante elección de palabras. Si deseas estar más seguro, es que no estás nada seguro. Veamos si entiendo lo que quieres decir. Estás seguro de que puedes superar a Guy Diente de Sabueso si lo desafías a combate, dado que es viejo, mientras que tú eres joven y fuerte. Puede que incluso estuvieses en lo cierto. En tal caso, él, en su condición de retado, no elegiría combatir. Estás menos seguro de poder derrotarlo en los juegos, por lo que te gustaría disponer de algún fetiche o de una palabra mágica que te asegurase la victoria. En cuanto al duelo de voluntades, no estás seguro en absoluto, ya que Diente de Sabueso es viejo y sabio, además de dueño absoluto de la rabia que habita en su pecho. ¿Qué es lo que obtendría yo a cambio de solventar tanta inseguridad?

—Me encargaría de que la manada obedeciera vuestra voluntad —insistió Golpea Primero—. Dispondríais de más soldados

para enfrentarnos a la Tejedora y al Wyrn. Extenderíais vuestra influencia hacia el oeste, además de aquí. El margrave Konietzko exhaló un suspiro.

—Los asuntos de la Manada de los Manantiales de la Montaña son cosa suya. La elección de su líder no es algo que me concierna. Me dijiste que no creías en las calumnias que tus ancianos proferían contra mí, pese a lo cual te presentas aquí para cumplir sus profecías respecto a mi persona. ¡No! Silencio cuando yo hablo, cachorro. —Golpea Primero, que pensaba interrumpir, cerró la boca y guardó silencio. Konietzko, conservando su súbita intensidad pero sin alzar la voz, continuó—: ¿Acaso no ves la ofensa que supone esto? ¿Compartes las dudas de tus mayores? Así debe ser, si me pides que me convierta en su tirano! ¿Te crees que obtuve esta manada a base de engaños? ¿Te crees que estas cicatrices que porto las gané en los juegos?

Konietzko escupió la palabra con desprecio. Se puso en pie, irguiéndose sobre Golpea Primero. A modo de respuesta, la avanzadilla de la tormenta entró en erupción por encima y alrededor de ellos. El haz de un relámpago iluminó la melena del margrave, sus ojos feroces, las gemas que adornaban la empuñadura de su espada. El trueno retumbó entre sus costillares. Una rociada de grandes y pesadas gotas de lluvia salpicó a piedras y Garou por igual. Entonces se desató la tormenta, cubriendo las montañas con velos de agua, azotando el viento a todo el que no se encontrase a cubierto.

Golpea Primero, al igual que Laszlo, retrocedió un paso de forma instintiva, apartándose de la rabia encendida del margrave. La tormenta había conseguido que se desprendiera el vaho de la figura de Konietzko, pero éste no parecía incómodo.

—Sin embargo, no creas que me ofendo —dijo al fin, tras un momento que había bastado para empaparlos hasta los huesos—.

Sé que no era tu intención insultarme. No has recorrido tantos kilómetros para eso.

—Gracias, mi señor margrave —replicó Golpea Primero, visiblemente aliviado—. No era ésa mi intención. Yo nunca... no... —Sus palabras se perdieron en la furia de la tormenta.

—Es tu corazón el que habla, un corazón que aún es joven y tierno. Eres un Hijo de Gaia y, por tanto, apasionado. Lo que has dicho aquí no trascenderá. Las palabras perecen, se las lleva la tormenta. Pero no te enviaré de vuelta desolado y con las manos vacías, después de tan largo viaje. Te ofrezco dos cosas. La primera es un consejo: vuelve a tu manada, Hans Golpea Primero. Vuelve y escucha a Guy Diente de Sabueso. Aunque él y yo veamos el mundo de forma distinta, su sabiduría es mayor que su edad. Escúchalo y aprende. Pero has de saber que el Apocalipsis se acerca. Los espíritus hablan de ello en sus canciones, y la propia Gaia clama a voces por la redención. Mi segunda oferta es una invitación: tú, tu manada, los tuyos, siempre seréis bienvenidos aquí. Si tu túmulo no corre peligro, vuelve, afila tus dientes contra los servidores del Wyrn. Siempre nos harán falta buenos guerreros, y el tiempo que pases con nosotros te fortalecerá, igual que el fuego temple la espada. Habrá una batalla final, y pronto.

Golpea Primero se inclinó. La lluvia torrencial ya le había aplastado el pelo contra la cabeza; el agua corría por su cara y goteaba desde la punta de su nariz, de su barbilla, aunque parecía no darse cuenta.

Korda Laszlo observaba, maravillado. El margrave Konietzko le había negado al cachorro, en términos expeditivos, aquello que lo había impulsado a recorrer cientos de kilómetros y, sin embargo, Golpea Primero abandonaría aquella loma agradecido, admirando al margrave más que nunca. Cualquier Garou podría haber sucumbido ante la rabia al recibir la severa reprimenda de

Konietzko, pero el margrave había acobardado a su joven visitante sin por ello alienarlo.

Konietzko había conseguido, además, otro objetivo. Aunque las palabras de Golpea Primero no saldrían de aquella colina, las que había pronunciado el margrave se propagarían, contrarrestando así las acusaciones postuladas por los ancianos de la Manada de los Manantiales de la Montaña. Los Hijos de Gaia, como cualquier otra tribu, constituían una circunscripción que había que acatar, amén de saber aprovechar. Las disertaciones acerca de las diferencias entre las tribus siempre estaban bien, dentro de unos límites; pero, al fin y al cabo, Guy Diente de Sabueso no había nacido para guerrero, no era el líder que comandaría a la nación Garou. En tiempos de desesperación hacía falta un gobierno firme. Los Garou más jóvenes parecían intuirlo y desearlo, y ahí era donde estribaban las esperanzas para el futuro.

Mientras Laszlo conducía a Golpea Primero de vuelta por el sinuoso sendero, el Señor de la Sombra tuvo el presentimiento de que volvería a ver al cachorro, quizás al lado de sus compañeros de manada. A las órdenes del margrave, lucharían contra el Wymr dondequiera que habitase, cada vez que surgiese... a fin de perpetuar la existencia de Gaia.

Capítulo cuatro



La contagiosa vibración del ulular de Pisa la Mañana llegó a oídos de Oksana con total nitidez una vez abierta la puerta de su cabaña, momento en el que una oscura silueta echaba a volar en la noche. Hacía horas que, desde el interior, escuchaba los aullidos de Sergiy que anticipaban la cacería. Oksana había recibido la debida educación en lo referente a los ritos, por lo que era costumbre para ella el ofrendar una oración apropiada previa al comienzo de la caza, si bien nunca antes de llegar al Clan del Alba había conocido a otro Garou cuyo celo a la hora de conservar las tradiciones rivalizase con el de Sergiy. Bailaba alrededor de la crepitante hoguera, no para suplicar a la madre Gaia que la cacería fuese fructífera sino, como ocurriera con el fin del ayuno, para dar gracias por sus generosos tesoros. La suya no era una canción peticionaria, sino de reconocimiento de su lugar en medio de todas las cosas de la creación, así como de su participación en todas ellas.

Oksana pensó que quizás fuese de aquel modo como los ritos habrían de llevarse a cabo en realidad: no como un medio que

persiguiera ningún fin, sino como una proclamación de totalidad, maravilla y regocijo. El poder de los aullidos y de los tambores tironeó de ella, impeliéndola hacia delante. No obstante, se entretuvo el tiempo suficiente para pasear la vista por el túmulo.

Muchos eran los Garou que se habían sumado ya a Pisa la Mañana y bailaban desnudos, o casi, alrededor de la hoguera. Otros gravitaban en aquella dirección, abriéndose paso entre los macizos de rododendros ahora que la hora de la cacería se aproximaba. Mykola Arco Largo participaba en la danza, al igual que Taras el Gris y Arne Ruina del Wyrn, los parientes de leche de la Camada. Dentellada de Dragón, en su forma de loba natural, rodaba sobre el lomo y brincaba al ritmo impuesto por los tambores. No vio a Arkady ni a Victor. Oksana no se sorprendió de la reticencia de los Colmillos Plateados a aparecer ante los Garou de otras tribus; aunque odiaba admitirlo, compartía sus sentimientos.

El tiempo y nada más que el tiempo era lo que le había permitido aparentar cierto sosiego a la hora de tratar con aquella amalgama reunida en torno a Pisa la Mañana. Oksana volvió a supervisar la salvaje danza y reparó en Yuri Pie Zopo, uno de los numerosos metis que servía a la manada, además de en numerosos miembros de la Parentela. El que tales individuos tomaran parte en los ritos sagrados sería algo impensable en la manada que la había visto nacer; suponía que lo mismo valía para el Clan del Pájaro de Fuego de Arkady. Empero, la sincera exaltación de Sergiy y su convicción de que todos fueran igual de bienvenidos dificultaba las reservas.

Antes de unirse a la estridente oración, Oksana echó un último vistazo a su alrededor. No vio a nadie que pareciera percatarse cuando no hacía falta de su salida de la cabaña, nadie que pudiera haberse dado cuenta de la partida del oscuro pájaro espíritu que

había abandonado su vivienda. Alguna de las palomas que frecuentaba el manantial de la Penumbra sí que podría haber percibido las idas y venidas del Cuervo de la tormenta aunque, en cualquier caso, Oksana siempre podría justificar la presencia del mensajero si se viese obligada a ello: ¿Acaso no era una consejera informada más capaz de aportar sugerencias? ¿Cómo, si no, habría de permanecer al corriente de todo lo que aconteciera más allá de los límites de la manada? Sergiy confiaría en ella; *confiaba* en ella.

Tras aproximarse al foso de la hoguera, Oksana se convirtió en una entre muchos, Garou y Parentela por igual, para formar un corro alrededor de los bailarines. Pisa la Mañana parecía más inmenso de lo normal a la centelleante luz dorada del fuego. No portaba arma alguna y se cubría con un chaleco ártico de color blanco; la prueba de sus muchas proezas, previas a la formación de aquella manada.

Oksana, por su parte, vestía una túnica de lana ceñida por un cinturón, botas y polainas de cuero. Su cabello seguía sujeto por la cinta y la amatista. El martilleo de los tambores resonaba dentro de su pecho y estremecía su corazón con cada golpe. Los aullidos, concatenados y entremezclados, ascendían y se disipaban, difuminándose en la noche igual que la luz y el humo.

De forma gradual, aquellos danzantes de la Parentela variaron su posición hacia el corro que bordeaba la hoguera, a medida que cada vez más y más Garou se sumaban al círculo de bailarines. Uno tras otro, las formas humanas fueron desapareciendo a medida que la canción del lobo apelaba a instintos más primarios. La luz de las llamas restallaba en garras y colmillos. Los aullidos cobraron fervor y profundidad añadidas cuando las gargantas de los Lupinos se tornaron más numerosas y los congregados elevaron sus rostros y sus voces a los cielos. La hermana Luna tenía los ojos

cerrados esa noche, pero los Garou esperaban que aun así pudiese escuchar su canto.

En medio de todos ellos, como una montaña, se alzaba Pisa la Mañana, con su cabello de platino apresando los reflejos escarlatas de las llamas, cimbreando su cuerpo adelante y atrás mientras bailaba. Aunque seguía sin desprenderse de su forma de hombre, su voz rivalizaba en fuerza y matices con la de cualquiera. Oksana le ofreció su aullido a la manada; las numerosas canciones, imbricadas, formaron un vibrante coro dedicado a Gaia y a la caza. Oksana se quitó el cinturón y lo sostuvo en alto. Era un regalo de su progenitor, curtido con la piel que su propia mano arrancara de su muslo... un regalo nacido de una férrea lealtad a la tribu, que ella presentaba ahora para mayor bendición de la Madre.

Los pies de Oksana la transportaron al baile. Los cuerpos, rozados entre sí en medio de sus espirales alrededor del fuego, irradiaban hambre y calor. El aullido la impulsó hacia delante, con el cinturón sobre su cabeza, a medida que sus hermanos y ella se convertían en uno en pensamiento, obra y propósito. Se distrajo por un momento cuando vio a Arkady detrás del corro. Su armadura de reconocimiento no había sido agujereada aún, y su expresión sugería que había esperado pedir el favor de Gaia de forma más privada y *civilizada*. Oksana consiguió fruncir apenas el ceño, pero ya había pasado por delante de él y el baile y la sinfonía de aullidos volvían a poseerla. Anudó de nuevo el cinturón en torno a su talle cuando sintió que comenzaba el cambio.

Era Garou, y todo lo que eso acarrea. La forma de mujer no era sino una de muchas, del mismo modo que Luna exhibía numerosos rostros, igual que Gaia progresaba a través de la rica panoplia de las estaciones. Los miembros y el tronco de Oksana se estiraron y ganaron en masa muscular. A su alrededor, los Garou adoptaban todas las variaciones existentes entre el lobo y el

hombre. Su ropa, ajustada al cambio, quedó reemplazada por una espesa mata de pelo negro salpicado de gris; sus senos sucumbieron a la aparición de la enorme masa de músculos que se extendía por su torso, costados y abdomen.

El tamborileo y el aullido colectivo aumentaron hasta alcanzar una intensidad apenas audible. Se asentaron en la hoguera tizones al rojo y una lluvia de chispas y brasas se arremolinó señalando al firmamento. Los movimientos de Oksana cambiaron, su centro de gravedad se alteró cuando sus muslos se tornaron tan gruesos como antes lo había sido su pecho. El pelo la cubría ya por entero; sólo el cinturón que era su herencia permanecía inalterado, pues se estiraba para acomodarse a su creciente corpulencia.

Así y todo, continuaba cambiando. Su cráneo se alargó y engrosó, sus mandíbulas aumentaron de volumen y de poder hasta tornarse temibles. Sus brazos se estiraron para igualar la longitud de las piernas y cayó a cuatro patas. Las orejas se replegaron en lo alto de su cabeza, momento en el que alzó el hocico y clamó a los cielos, aullando con hambre, obligando a la noche a hacerse eco de sus intenciones depredadoras. Otros se unieron a su canción.

Mientras los miembros de la secta se arremolinaban, gruñían y bailaban, descubrió que se encontraba junto al Garou más enorme de los allí reunidos, un inmenso y torvo lobo de pelaje plateado, cuanto menos un metro más alto que ella hasta la cruz. Vio también un lobo de inmaculada piel blanca que pisoteaba la tierra en los confines del corro, impaciente por emprender la carrera. Pisa la Mañana, la gran bestia rubia platino, alzó la cabeza una última vez antes de que todos los cazadores al unísono elevaran su plegaria. Al compás del *crescendo*, la hoguera se derrumbó en medio de una explosión dorada y escarlata. A semejanza de las chispas y

las teas, los Garou, presa de su propia cinética, se abalanzaron sobre la noche que los aguardaba.

Capítulo cinco



Por segunda vez en sendas noches, Yaroslav traspuso a hurtadillas la puerta trasera de la cabaña del anciano, sin más dilación que la pausa momentánea obligada por el balido de una de las cabras residentes en el cobertizo. Satisfecho de que su presencia no hubiera desencadenado ni mayor ni más delator tumulto entre el ganado de la aldea, Yaroslav entró en la casa y trancó la puerta tras él.

El fétido olor del ajeno quemado había desaparecido, sustituido (o quizás enmascarado) por un hedor aún más agrio y pronunciado que a Yaroslav le resultaba bastante familiar. Pasó junto al fogón donde hervía la chirivía a fuego lento. Nadie que mantuviese tratos con las gentes de los pueblos ucranianos tardaba en acostumbrarse al desagradable olor de la remolacha y la berza al fuego.

El anciano volvía a encontrarse en el recibidor, sentado en su silla de respaldo recto. De nuevo, tallaba. La diferencia estribaba en que esa noche no estaba solo; otros dos hombres ocupaban la estancia. Uno de ellos, calvo, con pequeños anteojos redondos,

ocupaba una desvencijada silla de ajado almohadillado. El otro, más alto y de moreno pelo de punta, permanecía de pie en un rincón; si bien tenía los brazos cruzados sobre el pecho, el gesto no conseguía ocultar la ausencia de su mano izquierda, reemplazada por un facsímil de madera.

—Has dejado a la muchacha en el bosque —dijo el anciano, sin molestarse en mirar a Yaroslav.

—Sí. —Yaroslav olfateó por instinto en dirección a los dos desconocidos. La peste de la col cubría sus olores casi con la misma eficacia con la que camuflaba los residuos del ajenjo de la noche anterior.

El anciano se afanaba en su talla. Otra cabra, según pudo ver Yaroslav. Lo siguiente en lo que se fijó fue en que la pila de figuras había desaparecido de debajo de la silla del anciano. Esa noche, las diminutas criaturas, ninguna de ellas de más de diez centímetros de altura, se encontraban alineadas alrededor del cuarto: a lo largo del mantel, sobre el respaldo de la ruinosa silla tapizada, detrás del horno artesano, frente al umbral de la puerta ante la que se erguía Yaroslav. Se sucedía en un desfile sin principio ni final, aquel ininterrumpido anillo caprino.

—Bien —felicitó el anciano—. Me temía que fueses lo bastante estúpido como para traerla aquí antes de que estuviese yo preparado.

—Mide tus palabras, abuelo. ¿O es que tu mente senil se ha olvidado ya de la conversación que mantuvimos anoche?

Aquello despertó la risa del anciano, a la que los otros dos hombres se unieron no sin ciertas reservas, inseguros.

—Éste es Yaroslav Vovkovych —presentó el anciano, al tiempo que tajaba el trozo de madera que no tardaría en convertirse en otra cabra. Una viruta cayó al suelo, sobre la manta, junto a muchas otras—. Yaroslav Vovkovych, puedes llamar a mis amigos

Marcus y Nicoli. —Apuntó con el cuchillo al hombre que se encontraba de pie y al que permanecía sentado, respectivamente—. Amigos, mostraos respetuosos ante Pan Vovkovych, pues no sois dignos de lamer el estiércol que le ensucia las botas... o eso es lo que le gustaría que pensásemos.

La renovada y vacilante carcajada de Marcus y Nicoli no ayudó a aliviar la tensión que impregnaba la estancia con mucha más consistencia que la deleznable luz procedente de la lámpara de queroseno.

El anciano practicó una sucesión de cortes en la cabra de madera que tenía entre manos, antes de reclinarsse para inspeccionarlos. Satisfecho, plegó la navaja y se volvió hacia la ventana que quedaba a su espalda, sobre cuyo alféizar depositó el resultado final de su labor.

—¿Preparado, entonces? —quiso saber Yaroslav. Se obligó a no impacientarse; en caso contrario, sería aquel perro de mala raza quien llevase la voz cantante.

—¿Preparado? Lo cierto es que no. Tu pequeña lobezna puede esperar. Ve al pesebre a buscar a Ihor. El que te saludó cuando llegaste.

—¿Que me saludó...? —Fue entonces cuando Yaroslav se acordó de la cabra inquieta del exterior. La ira se tornó grana en su rostro—. No he venido para hacerte de pastor, viejo. Búrlate de mí de nuevo y no será la sangre del señorito de los Colmillos la que tinte la tierra, sino la tuya.

—¿Tanto te saco de quicio, Yaroslav Vovkovych? —El anciano esbozó su retorcida y amarillenta sonrisa—. Marcus, ve a buscar a Ihor.

El aludido, cuya sonrisa había aflorado a la vez que la del anciano, adoptó un gesto grave, donde su mueca burlesca le cedió el paso al fruncimiento del ceño. Instantes después, conducía a la

atribulada cabra por la puerta trasera, junto a Yaroslav, hasta llegar al recibidor. La bestia, aunque agitada, pisó con cuidado sin derribar las miniaturas de madera que delimitaban el umbral.

—Haz los honores, Marcus —invitó el anciano. Casi de inmediato, ante los ojos de Yaroslav, Marcus levantó el brazo izquierdo y descargó su mano de madera sobre la base del cráneo de la cabra. El animal trastabilló y se desplomó sobre la manta.

—Aquello a lo que nos disponemos esta noche exige sustento —declaró el anciano, sin que la torva sonrisa abandonara sus accidentados rasgos.

Yaroslav no hizo ademán de disimular su desprecio por aquellos desgraciados seres que se alimentaban de bestias cautivas en lugar de cazar a sus presas. Se encontraban tan por debajo de él que cualquier comparación carecería de sentido y, sin embargo, tal era su deber, su vocación, comulgar con los parias, con los despreciables, con aquellos teñidos por la mancha del Wyrn. Por Gaia y la tribu. Incluso éstos, el anciano y los dos asesinos en cienes, podían resultar útiles. Aunque podría pensarse que no cabría duda de que un altivo Colmillo Plateado se merecía una muerte más limpia y honorable que la que aquellos demonios le obsequiarían. La voluntad de los ancianos así lo había dictado, no obstante, y Yaroslav acataba su decisión.

Yaroslav esperaba que el anciano sacase un cuchillo, a fin de que los dos ejecutores y él pudieran sacrificar a la bestia. Que sigan adelante si es que deben, pensó, para cumplir con su parte y dar aquello por zanjado. El festín aún le deparaba alguna sorpresa.

—El bueno de Ihor —dijo el anciano, mientras acariciaba la barba del chivo aturdido, antes de desencajar la mandíbula. Su piel apergaminada se tensó sobre los huesos de su rostro, tirante a causa de la envergadura de sus fauces.

Nicoli y Marcus observaban expectantes, con expresión hambrienta. El anciano les lanzó una mirada recriminatoria y, no sin grandes dificultades a causa del desencajamiento de su mandíbula, dijo:

—No... miréis así... a Ihor. **¡Basta!** Recordad que esto... es una cena... no un lupanar. —El sonido que produjo a continuación podría haberse confundido con una carcajada, aunque Yaroslav habría tenido problemas para asegurarlo.

Sin querer ser testigo de aquella abominación, Yaroslav no pudo apartar los ojos de ella, transpuesto, a medida que el anciano envolvía la cabeza del macho cabrío con su boca, cubriendo hocico, ojos, orejas y cuernos. Su cuello se abultó como el de una serpiente a medida que ingería a la bestia. Ihor pareció desat-urdirse en parte llegado aquel punto, mas no consiguió más que cocear al aire antes de que Marcus y Nicoli se apresuraran a ayudar al anciano. Asieron con fuerza a la cabra, a fin de que la desdichada criatura no pudiese echar pie a tierra. Se revolvió en vano, igual que un pez fuera del agua, mientras el anciano se tragaba su cuello. A continuación dobló las patas delanteras, rotas, y abrió aún más las fauces para devorarlas.

Al final, Yaroslav apartó la vista. No era remilgado en absoluto, pero aquella corrupción desenfrenada le revolvió el estómago mil veces más que el sempiterno hedor a coles y remolachas. Se acordó de la joven a cubierto en el bosque, donde la había dejado... pero lo distrajo el arañar de pezuñas sobre las tablas, a su espalda.

*Por Gaia y la tribu, se dijo para sus adentros, una y otra vez.
Por Gaia y la tribu.*

Capítulo seis



Oksana recorría el bosque a medio trote, siguiendo un olor con contenida avidez. Durante los primeros minutos que sucedieron a la culminación de la plegaria, se había lanzado a la búsqueda de su presa con tanto fervor como el resto de los Garou. Incluso había llegado a percibir el mismo rastro que Pisa la Mañana; lo había visto apresurarse, junto a algunos más, en cierta dirección pero, tras recuperar el raciocinio de forma gradual, había atenuado el ritmo. En aquellos momentos, Sergiy debía de sacarle una ventaja considerable. Lo prefería así. Que los Hijos de Gaia corrieran a la cabeza de la partida de caza; Oksana, hija de las sombras, perseguía una presa distinta. Eso era lo que sospechaba, al menos, a juzgar por las noticias que le había traído el Cuervo de la tormenta.

Con la Hermana Luna ocultando el semblante, el bosque se encontraba sumido en la oscuridad y en un silencio sorprendente, teniendo en cuenta el número de Garou que merodeaban por sus trochas. Se habían dispersado en un amplio radio. Muchos cazaban con sigilo pero, en ocasiones, se alzaban aullidos ante el

descubrimiento de un olor; otros respondían a la llamada y convergían para sumarse al acoso de alguna bestia abocada al sacrificio. Esa noche se plantarían las semillas de muchas historias que arraigarían entre los poblados humanos. La leche se agriaría, los bebés llorarían suplicando por los pechos de sus madres, y los hombres se despertarían con más canas de las que les adornaban la cabeza en el momento de acostarse. Los píos se santiguarían y rezarían por la intercesión de la virgen; los menos píos buscarían valor o la bendición del olvido en el fondo de una botella.

Oksana mantenía aún la forma del antiguo y temible lobo. Su cuerpo de mujer se habría mostrado menos útil en la noche del bosque, ajeno a la miríada de sonidos y olores que provocaban que sus orejas de loba se irguieran y que las aletas de su nariz catasen los vientos sin cesar. De este modo, el ruido delator de movimiento sobre su cabeza no la cogió desprevenida; ni siquiera se le escapó la muda caída de una baladí rama del techado arbóreo. Atacó a ciegas y sus poderosas mandíbulas de Hispo se cerraron en torno al tallo, reduciéndolo a astillas.

—Has tenido suerte de que no haya tirado una piedra —dijo la silueta en lo alto del árbol—. Te podrías haber roto una muela.

Oksana enseñó los dientes y soltó un gruñido. No reconocía la voz; hablaba ruso, y no el ucraniano de la mayoría de los miembros de su manada adoptiva. Supuso que aquel era uno de los individuos a los que había hecho referencia el Cuervo de la tormenta, el que esperaba encontrar.

—¿Tu nombre? —roncó en la lengua gutural de los Garou. Llegado aquel punto, ni su boca ni su lengua podían amoldarse a la accidentada pronunciación humana.

—Deja que descienda para que podamos hablar. Siempre y cuando me prometas que no le va a ocurrir lo mismo a mi pierna que a la rama.

—¿Tu nombre? —volvió a gruñir, sin saber si el hombre la había entendido. ¿Sería Garou, o tan sólo un estúpido temerario que jugaba con la muerte?

—Vladimir. —Aquello respondía a ambas preguntas a la vez—. Conocido como el Blanco entre mis hermanos del Clan del Cielo Encapotado.

Vladimir Bily. El Blanco. Oksana lo conocía; sabía que tenía una larga cicatriz aserrada que le perfilaba el rostro y que, cuando exhibía sus formas lobunas, aparecía como un relámpago blanco en su negro pelaje. También conocía otras historias acerca de él, y otros nombres por los que se le conocía, aunque nunca se pronunciaran en su presencia: Hijo del Tuétano era uno de ellos, pues tal se rumoreaba que era su plato favorito.

—Baja.

Así lo hizo, tras una pausa cuando una nueva serie de aullidos procedentes de los cazadores llegaron hasta sus oídos. Satisfecho por el hecho de que las llamadas de los Garou sonasen distantes, continuó con su descenso hasta llegar junto a Oksana. Ésta, tras ver su cicatriz y asegurarse así de su identidad, asumió forma de mujer a fin de facilitar el diálogo. Tras tantos años, el cambio le resultaba sencillo, era como una segunda naturaleza, como despezarse tras un largo sueño.

—Presta atención, Oksana Yahnivna. Tenemos poco tiempo —comenzó Vladimir, con algo más de premura de la que hubiese preferido Oksana, si bien ella no era sino la beta de un líder de una de las tribus menores, mientras que Bily servía a Eduard Maldice el Sol, de los Señores de la Sombra—. Tengo que pedirte una cosa. —El tono de Vladimir desmentía la naturaleza de tal «petición». Bily no buscaba favor alguno, sino que esperaba obediencia.

—¿De qué se trata? —La lealtad principal de Oksana era, claro está, para la tribu; aunque aquello no tenía por qué incluir a Maldice el Sol, ni a su subordinado.

Vladimir vaciló. Otro aullido. Esta vez, más próximo. Oksana reconoció la llamada de Mykola Arco Largo, hacia el norte; había conseguido sangre. La respuesta llegó del sur, luego otra: Arne Ruina del Wyrn y Yuri Pie Zopo. Qué raro, pensó Oksana, que el acogido de la Camada se hubiese juntado con el metis, Pie Zopo. Aunque ambos eran guerreros tan salvajes como infatigables, quizás fuese aquel el lazo que los unía. Eran dos de los Garou del Clan del Alba con quien menos querría tropezarse Oksana en medio de su bis a bis con Bily. Los aullidos seguían acercándose.

—Hay una aldea a diez u once kilómetros hacia el oeste, en el paso...

—La conozco.

—Victor Svorenko debe ir allí esta noche. Encontrará a una mujer que lo traicionará.

—Una mujer —repitió Oksana.

—Sí. Un miembro de la Parentela de esta manada.

Oksana entrecerró los ojos. Intentó recordar a quién no había visto junto a la hoguera ya que, a fin de llegar a aquel poblado en concreto, un humano habría tenido que partir con antelación. También intentó acordarse de aquellos miembros de la Parentela con los que Svorenko hubiese pasado algún tiempo desde su llegada. La respuesta no se hizo esperar.

—Liudmila.

Vladimir ladeó la cabeza y arqueó una ceja.

—Muy bien, Oksana Yahnivna —felicitó, con una sonrisa velada—. Sí, Liudmila espera traicionar al señorito de los Colmillos. Tienes que mandarlo aquí. Por su propio bien, claro está. Seguro que querrá ocuparse en persona de esa zorra intrigante.

—¿Acaso no sabes que el primo de Svorenko, Lord Arkady, está aquí? —preguntó Oksana, con expresión inocente—. Estarán cazando juntos esta noche. Allá donde vaya el joven Svorenko, irá Lord Arkady.

—Hazlo. —La sonrisa de Vladimir se había evaporado. No le gustaba que cuestionaran su autoridad. Menos aún le gustaban los cantos de caza de Arne Ruina del Wyrm y Yuri Pie Zopo, cada vez más próximos—. Cumple con tu deber —dijo, al tiempo que se acariciaba con gesto ausente la cicatriz que iba desde su sien izquierda hasta el mentón; Oksana no supo si aquel gesto era un recordatorio del cumplimiento del deber, o una amenaza soterada, premonitoria de lo que podría acontecerle a ella de fracasar en la tarea asignada.

—Desde luego que cumpliré con mi deber.

Vladimir Bily se despidió con una seca inclinación de cabeza antes de perderse entre las sombras.

Para cuando Ruina del Wyrm y Pie Zopo pasaron por allí minutos después, Oksana volvía a ser la legendaria loba feroz. Había trotado y amasado la tierra de los alrededores; Vladimir había ocultado su olor con pericia, pero quería asegurarse de que no quedaba rastro alguno. Cuando se acuclilló para orinar sobre la base del árbol del que había descendido el mensajero, Oksana consideró aquel gesto como una declaración de principios al respecto del concepto que tenían de su deber Vladimir y Maldice el Sol.

Se apresuró a seguir las huellas de Ruina del Wyrm y Pie Zopo, siguiendo sin problemas a los dos inmensos hombres lobo. Ninguno de ellos se había detenido para saludarla más que con un breve gruñido; la llamada de Arco Largo sonaba demasiado cerca hacia el norte. Cuando Oksana llegó hasta el venado postrado y herido por una flecha en el cuello y otra encajada en el pecho,

Mykola, Arne y Yuri ya habían hundido los hocicos en las entrañas de la criatura, cuyos ojos vidriosos miraban al infinito. Arco Largo habría dado ya las gracias al espíritu del ciervo; tales ritos eran de rigor para los Hijos.

Los demás, mostrando el debido respeto a la posición de Oksana, le hicieron sitio para que se uniera a ellos. Escarbó entre las vísceras hasta encontrar el hígado, antes de desprender el jugoso órgano con un giro de sus poderosas mandíbulas. Desapareció de inmediato, de un rápido bocado, pero Oksana sentía ya la fuerza de Gaia que entraba en su cuerpo mientras la camaradería de la caza impregnaba a los cuatro Garou, tan cierto como que el sol la había calentado aquella mañana.

Como consejera del venerable anciano, Oksana podría haber reclamado una porción mayor de la pieza, pero cedió su puesto y dejó que los Garou más jóvenes se saciaran. Se recostó en las inmediaciones y se contentó con el aroma de la carne fresca de venado, y con mascar los trozos de hígado que se habían quedado enganchados entre sus dientes. Con todo, se le hacía la boca agua ante la mera proximidad de las entrañas humeantes. Pensó que no sólo de *vyshnyas* vivía el Garou.

Yuri Pie Zopo fue el siguiente en finalizar. Renqueó en dirección a Oksana (siempre cojeaba), estirándose saciado por el camino. Extendió su enorme cuerpo de hombre lobo en el suelo, junto a ella, frotándose la barriga con afecto y emitiendo una mezcla de gruñido y gorjeo de placer desde el fondo de la garganta.

—Esas astas serán un buen trofeo para Arco Largo. Hasta un buen fetiche, a lo mejor —dijo Pie Zopo en la lengua de los Garou mientras se tumbaba sobre la espalda.

Oksana roncó su asentimiento.

—Y también la piel. Quizás Alla se la prepare. Alla es la mejor curtidora.

Pie Zopo emitió un gáñido atónito.

—¿Alla? No, Liudmila es la mejor curtidora de la Parentela, con mucho.

—He visto las pieles de Alla —insistió Oksana—. Son preciosas. Pie Zopo giró hasta quedar de costado y se acodó en el suelo.

—Son bonitas —convino—, pero las de Liudmila son mucho mejores. —Arne había comenzado a aproximarse, mientras Mykola preparaba los restos del cadáver. Pie Zopo apeló a su amigo en busca de apoyo—. Oksana Yahnivna opina que Alla es la mejor curtidora de la Parentela.

Arne Ruina del Wyrm zangoloteó con vigor su descomunal cabeza.

—No. Alla, no. Liudmila.

Oksana desvió el hocico a un lado; lo que para un humano sería encogerse de hombros. Eligió sus palabras con cuidado; la lengua de los Garou no era tan sutil como la de los humanos. Pretendía omitir ciertos hechos sin tener que recurrir a la mentira.

—¿Dónde está Liudmila? Alguien me dijo que se había ido antes del túmulo. No la vi junto a la hoguera.

—¿Hm? —volvió a gáñir Yuri—. Tendría que haber estado allí.

—Creo que se fue antes, en dirección al oeste. Espero que se encuentre bien.

—Me extraña que se haya perdido la hoguera —comentó Yuri.

—A lo mejor Victor sabe algo —apostilló Arne. Yuri lo fulminó con la mirada.

—Así que... ¿Victor y Liudmila son... amigos? —quiso saber Oksana.

Arne soltó una risita disimulada, rápidamente silenciada por un gruñido de Yuri, que repitió:

—Me extraña que se haya perdido la hoguera.

—Lo que tú digas —espetó Arne—, pero del dicho al hecho va un trecho.

Yuri volvió a bufar.

—No os peleéis —intervino Oksana—. No tiene importancia.

—No tiene importancia —repitió Yuri, satisfecho.

—Si pasa algo con Liudmila, será importante —protestó Arne, reticente—. Tú mismo lo has dicho, Yuri, es raro que se haya perdido la hoguera. A lo mejor lo hizo porque pasa algo.

—No pretendía preocuparos —dijo Oksana—. Mirad, aquí viene Mykola, ya ha terminado de preparar su pieza. Volvamos al túmulo.

—Volved vosotros al túmulo —gruñó Arne—. Yo voy a buscar a Victor. Victor sabrá si le pasa algo a Liudmila.

—Pero Victor está cazando —protestó Oksana, preocupada—. No podrás encontrarlo de noche en el bosque. Habla con él por la mañana cuando vuelva al túmulo. —Hizo una pausa, antes de añadir—: Donde es más seguro.

—¡Ja! —se burló Arne—. Vuelve tú al túmulo, donde es más seguro. Y que Pie Zopo se vaya contigo a trompicones. Yo encontraré a Victor y luego encontraremos a Liudmila.

—Hasta las piedras tienen más cerebro que tú! —ladró Yuri.

—Vuelve con nosotros —instó Oksana, pero Arne Ruina del Wyrn ya se había dado la vuelta y, con un aullido de desafío, se perdió en el bosque.



Los tres Garou restantes habían emprendido ya el camino de regreso al túmulo cuando escucharon el aullido que provenía de la dirección opuesta... el aullido de un cazador al atisbar su presa.

Como uno solo, desanduvieron el camino y respondieron a la llamada con sus propias voces.

Mykola Arco Largo, con el cadáver del ciervo sobre los hombros, no tardó en quedarse rezagada, y Yuri Pie Zopo no tenía ninguna oportunidad de destacar en la carrera; sobraban los motivos por los que nadie le llamaba Yuri Pies Alados. Por tanto, Oksana corría a la cabeza de sus dos compañeros. Un momento antes, había guiado a Yuri y a Arne por los derroteros de una conversación cargada de intención, el acogido de la Camada había partido en pos de una encomienda que ella no le había sugerido; pero ahora resonaba en sus oídos la canción de la cacería y le hervía la sangre. Se abrió paso entre los árboles y los macizos de zarzas, sumando su voz al tenor de la noche.

Reconocía la llamada a la caza, desde luego. Igual que todos. Pisa la Mañana había señalado a su presa y ahora, a medida que Oksana acortaba distancias, el aullido del venerable anciano pasaba de indicar la persecución a hablar de combate.

¿Combate? En aquellas montañas, ¿qué osaría plantarle cara y batalla a la fuerza de la naturaleza que era Pisa la Mañana? Oksana no tardó en descubrirlo. Los gruñidos y el húmedo estrépito de las garras al rasgar la carne la asaltaron en medio del último escollo arbóreo. Lo atravesó con abandono, insensible a las ramas y zarcillos que laceraban su espeso pelaje. Un instante después se encontraba cara a cara con Pisa la Mañana, cuyas zarpas ensangrentadas se alzaban hacia el techo de tinieblas, con la carne y la sangre derramándose de su boca, abierta en un rugido triunfal. A sus pies yacía un enorme oso pardo, con la garganta tan hendida que la cabeza casi parecía una criatura distinta al gigantesco corpachón despatarrado.

Oksana asistió atónita al espectáculo de aquella magnífica carnicería hasta que, muy despacio, una noción distante, una duda

recalcitrante, logró abrirse paso a hurtadillas hasta sus pensamientos: ¿Qué haría aquella bestia infame que era Pisa la Mañana si descubriese la traición en el seno de aquellos a los que había juzgado dignos de confianza?

Capítulo siete



Las llamas, alimentadas de forma más modesta ahora que la caza tocaba a su fin y los Garou volvían a agruparse alrededor del fuego, acariciaban lánguidas los tizones desperdigados entre las brasas incandescentes. La canción, la risa, los gruñidos guasones y otros sonidos propios del regocijo posterior al banquete inundaban el túmulo y se perdían en la noche. La grasa goteaba sobre el fuego, silbando y chisporroteando, procedente de aquellos escrupulosos que preferían cocinar su comida. Sin embargo, toda aquella actividad apenas conseguía penetrar en la mente de Oksana Yahnivna Maslov. Al contrario que la mayoría, ella no se había cobrado ninguna pieza esa noche; al menos, no en el contexto de la cacería.

De pie, con la mirada anclada en los juegos de luces y sombras que emitían las brasas, el calor que irradiaba el fuego caldeaba el frente de su forma de mujer hasta el punto de quemar al tacto. Su espalda permanecía helada. Alrededor del foso de la hoguera, las llamas proyectaban sombras danzantes de los Garou, imágenes efímeras y distorsionadas de los elegidos de Gaia.

Muchos miembros del Clan del Alba habían regresado al túmulo. Muchos, pero no todos. Faltaba Sergiy, sin duda dedicado a los preparativos de la piel y arreos del poderoso oso que había cazado. Tan magnífica muerte presagiaba favores espirituales; gran parte de la colosal bestia (pellejo, dientes, huesos, corazón) podría convertirse en fetiches de inmenso poder místico si se los santificaba del modo apropiado. Pisa la Mañana pasaría horas entre los espíritus, honrándolos y rindiéndoles pleitesía. Al menos, se detendría al amanecer: para festejar, como cada mañana, las bondades de Gaia; y para supervisar el Rito de Reconocimiento planeado para el joven Victor Svorenko.

Llamaba la atención la ausencia de Victor y su primo, Lord Arkady, en aquellos momentos. A nadie parecía importarle. Eran varios los Garou que aún no habían regresado de la cacería, Arne Ruina del Wyrm entre ellos. Aunque la mayoría de los miembros de la Parentela de la manada se encontraban presentes, faltaba una mujer en particular: Liudmila, la que había mencionado Vladimir, el Hijo del Tuétano.

El Señor de la Sombra de la cicatriz en el rostro había dicho que la Parienta esperaba traicionar a Victor Svorenko, si bien Ok-sana sabía demasiado como para tomarse las palabras de Bily al pie de la letra. Estaba al corriente de la incipiente relación entre Victor y Liudmila (poco de lo que transpiraba dentro de la manada se le escapaba) y, en los últimos días, el Cuervo de la tormenta mensajero le había contado que el Garou, su hermano de tribu, se había reunido con Liudmila a hurtadillas en varias ocasiones. El Cuervo de la tormenta había relatado además el acercamiento de otro Señor de la Sombra (Bily, el de la cicatriz, el Hijo del Tuétano) al territorio del Clan del Alba, y lo que tal presencia podría engendrar.

Su encuentro con Bily esa noche había confirmado las sospechas de Oksana. El Señor de la Sombra que se había ganado la confianza de Liudmila bien podría haber pensado que instigaba una conspiración para destruir a Victor Svorenko, vástago de los Colmillos Plateados. Mas la llegada de Bily y, más específicamente, el momento en el que ésta se había producido, echaba por tierra aquella endeble mentira. ¿Por qué iba a preocuparse Eduard Maldice el Sol, seguro en su Clan del Cielo Encapotado, a cuya voz obedecía Bily, por el joven Svorenko? ¿Acaso era tan mortífero el klaive del cachorro? Lo dudaba.

Pero Lord Arkady, líder del Clan del Pájaro de Fuego, se había aventurado lejos de Moscú para adentrarse en lo que Maldice el Sol consideraba su territorio, Ucrania. Un Garou provinciano y dado a la extralimitación bien pudiera ofenderse por ello; no escaseaban rumores aún menos halagüeños referentes a Maldice el Sol. Arkady, pese a las habladurías que lo tildaban de manchado por el Wyrn, había combatido de forma admirable, casi dando ejemplo, desde que regresara de Rusia. Su mano, junto con la de su Reina de la Casa de la Luna Creciente, Tamara Tvarivich, era una de las que habían descargado golpes decisivos en la guerra contra la Bruja; Maldice el Sol, en cambio, había levantado muros contra ella y se había enterrado en la tierra como el Primo Topo, en vez de plantar cara al peligro.

Maldice el Sol no inspiraba sino miedo y desconfianza entre los Garou, y Bily era su mayordomo en jefe. Vladimir sabía que Arkady estaba ahí, Oksana no albergaba dudas a ese respecto. Al de la cicatriz no le importaba el joven Svorenko, salvo en la medida de lo posible en que el cachorro pudiera conducir a Arkady a su condena. Pero ¿cómo? ¿De qué modo aseguraba la destrucción de Arkady el aparente sacrificio del Señor de la Sombra que cortejaba a Liudmila, tal y como debía proponerse Bily?

Oksana había cumplido con el favor que le pidiera el Hijo del Tuétano. No podía negarse y granjearse la enemistad de Maldice el Sol, pero la lealtad a la tribu no tenía por qué ser monolítica. Había muchos Cuervos de la tormenta y muchos señores, todos ellos ansiosos por agradar al Abuelo Trueno a su manera.

—¿Tienes hambre, Oksana Yahnivna? —inquirió una voz, no muy lejos de ella. La concentración de Oksana saltó de las brasas a Gennady, de pie junto a ella. Sostenía una tira de carne de venado, aún humeante recién salida del fuego—. ¿Has comido?

En el pasado, Oksana había visto a Gennady como un enorme lobo hombre de pelaje pardo rojizo; lo había visto cazar, matar y bañarse en la sangre de su presa. En aquellas ocasiones se mostraba de veras Garou, próximo a la magnitud de espíritu que Pisa la Mañana demostraba a diario. Empero, en momentos como éste, enfrentada a su forma de hombre, de *muchacho*, no veía más que a un cachorro tentativo e inseguro, ansioso por agradar. Se preguntó cómo podía soportar Sergiy a aquel cachorro. ¿Por qué fomentaba Pisa la Mañana aquella *debilidad*?

Arrebató la tira de carne de venado de manos del joven y la desgajó con los dientes, haciendo caso omiso de la grasa hirviente que le abrasaba los dedos y la boca.

—Déjame sola.

Gennady, sin protestar ni oponerse, regresó sobre sus pasos.

Oksana se preguntó dónde estaría Pisa la Mañana. Si fuese fuerte de veras, no aguaría el espíritu de los suyos con aquellas estúpidas charlas acerca del servicio y la humildad. Si fuese fuerte de veras, pensó, no confiaría en una consejera de los Señores de la Sombra que estaba dispuesta a traicionarlo.

Oksana escupió al fuego el bolo de carne y tiró al suelo el resto de la tira. Se adentró en las tinieblas, lejos de la hoguera. Cuando

el sonido de los festejos se hubo convertido en un eco lejano, se detuvo y soltó la cinta de cuero que le sujetaba el cabello.

Durante un buen rato, sostuvo la amatista en la mano e intentó escudriñar las sombrías y nubosas profundidades de la gema, antes de arrodillarse y depositarla sobre una roca. Cogió otra piedra y la descargó sobre la amatista. Ante el impacto, un géiser de vapor violeta brotó de la gema, apagando casi por completo el sonido del golpe. El humo se convirtió en una niebla arremolinada de gases púrpuras e índigos.

Oksana retrocedió un paso. Cuando la niebla se hubo disipado, apareció de pie en medio de las esquirlas de amatista un diminuto polluelo, un joven cuervo recién salido del cascarón que parpadeaba al sentir el frío aire de la noche abierta. Oksana estiró el brazo y, tras apenas un segundo de vacilación, el pájaro espíritu abrió las alas y voló hasta ella para ir a posarse sobre la palma de su mano. Oksana acercó el cuervo a sus labios; depositó sobre él un beso delicado y le susurró unas palabras. Momentos después, el ave surcaba los aires, libre para volar por el cielo nocturno.

Capítulo ocho



La joven no oyó que Yaroslav se acercaba atravesando el bosque a oscuras. Estuvo junto a ella antes de que se hubiese percatado de su proximidad.

—¿Tienes el tarro? —preguntó, de improviso. La muchacha asintió. Tiritaba.

Liudmila era una belleza aun envuelta en sombras. A Yaroslav no le extrañaba que el insignificante señor de los Colmillos se hubiese encaprichado de aquel cabello de seda, de aquellos castaños ojos de liebre, de aquel cuerpo deseable. Las atenciones que Svorenko le dispensaba a la joven reflejaban la hipocresía de su tribu: No era Pariente de los Colmillos; en caso de quedar en estado, aun cuando se demostrase que la criatura era Garou, los Colmillos nunca aceptarían al cachorro bastardo como uno de los suyos. Así y todo, Svorenko estaba más que dispuesto a satisfacer sus apetitos con ella.

Yaroslav pensó que quizás pudiese poseer a la joven una vez terminado todo aquello. Lo cierto era que Svorenko ya no iba a necesitarla. Yaroslav había sido testigo de su apareamiento:

oculto entre las sombras, había visto cómo el señorito asía aquellas generosas caderas y la montaba; la luz de la Hermana Luna se había reflejado a intervalos en el vaivén de los pálidos senos de Liudmila. Yaroslav había descubierto el significado de la lujuria, la envidia y el odio. Quizás fuese mejor que se la quedase.

—Me pareció oír unas alas —comentó la muchacha, mientras dejaba que la condujera hacia la aldea.

—Estamos en el bosque. Claro que hay aves.

—No. Estas alas sonaban cerca. No dejaban de aproximarse.

Yaroslav ignoró sus comentarios. Las cabañas periféricas eran ya aparentes y le preocupaba más el permanecer de incógnito. No era probable que hubiese campesinos en la calle a esas horas de la noche; por la misma regla de dos, no obstante, si alguien lo viera junto a la chica, dos viajeros, forasteros en la aldea, llamarían la atención de forma considerable. Mas el poblado estaba en calma y llegaron a la cabaña del anciano sin ningún incidente.

En el interior, en medio del hedor a coles y berzas, Marcus Mano de Madera y Nicoli el Calvo se habían desnudado hasta la cintura. Permanecían erguidos en lados opuestos de la estancia; en cualquier caso, los separaban apenas escasos metros. Ambos torsos se veían surcados por incontables y hondas cicatrices; algunas se asemejaban a largas marcas aserradas de garras, mientras que otras eran sencillas líneas serpentina que parecían abrirse camino por kilómetros de carne. Quizás formasen algún tipo de runa o símbolo; a Yaroslav no le parecía que su localización fuese casual, si bien no tenía ni idea de cómo interpretar su significado.

El anciano seguía ocupando su silla encima de la manta. Mostró los dientes en dirección a Liudmila, excluyendo a Yaroslav de su saludo. Sobre el horno artesanal descansaba cierta parafernalia que el anciano se había encargado de amasar: un cazo,

que silbaba y desprendía un vapor fétido; dos vasos de chupito; y una baldosa desvaída por el paso del tiempo, adornada con la imagen de la Virgen suplicante.

La joven Liudmila lanzó una mirada de soslayo a Yaroslav, preocupada; permaneció cerca de él. Desconocía la edad exacta de la muchacha. Dieciocho, quizás diecinueve. Era Pariente de los Hijos y estaba familiarizada con muchas de las costumbres de los Garou... pero los preparativos de los que se estaban ocupando el anciano y sus cómplices en aquel lugar, los ritos que estaban a punto de transpirar, eran distintos, siniestros, más oscuros que las fórmulas a las que estaba acostumbrada.

Yaroslav le había susurrado untuosas y convincentes palabras. Le gustaba creer que era su encanto personal lo que ella encontraba irresistible, pero sabía cuál era el influjo que ejercían los Garou sobre los seres inferiores, incluso sobre la Parentela humana. Se había acercado a ella cuando se encontraba a solas, lo bastante lejos del túmulo como para no llamar la atención y, aunque la joven había acogido sus tentativas iniciales con reservas, seguía siendo un Garou, y sus Parientes Garou siempre se habían portado bien con ella. Los halagos, la intimidación y las mentiras con una capa de verdad no eran sino herramientas de las sombras, que Yaroslav había manejado con maestría. Para cuando la muchacha hubo prometido que no alertaría de su presencia a los guardianes del túmulo, ya era suya.

Ahora, y no por primera vez en la misma noche, la joven comenzaba a experimentar serias dudas acerca de aquello a lo que había accedido. Sus delgados y delicados dedos asieron el antebrazo de Yaroslav, que disfrutaba con aquella sensación de protectorado, de propiedad.

—¿Tiene el tarro? —le preguntó el anciano a Yaroslav, a pesar de que su mirada vidriosa seguía clavada en Liudmila. La

respiración del anciano se tornó laboriosa. Sus inhalaciones provocaban un sonido sibilante en lo hondo de su pecho que armonizaba de forma curiosa con el silbido de la olla. Donde antes había fingido indiferencia, ahora se apoderaba de sus manos un temblor inconfundible; un hilo de baba marrón le corría por la barbilla.

—Sí —respondió Yaroslav. Tras conducir a Liudmila al interior del círculo de cabras talladas, extendió la mano. La joven, a regañadientes, buscó en uno de los pliegues de su abrigo de lana.

—¡No! —El anciano se puso en pie con una urgencia desenfrenada que sorprendió a Yaroslav y alarmó a Liudmila, antes de apartar la mano del primero con un empujón y exhibir una exagerada sonrisa que más bien era un *tour de force* de dientes deslucidos y encías ennegrecidas—. Su mano. Debe derramarse por su mano.

Liudmila, con los ojos desorbitados por la trepidación, sostuvo el pequeño frasco de cerámica horneada. El anciano había recuperado la calma, pero ahora eran las manos de la joven las que habían caído presas de un temblor incontenible. Marcus y Nicoli permanecían de pie y atentos, como ídolos de piedra.

—Cuidado, cuidado —musitó el anciano, al tiempo que cogía la baldosa de encima del horno. Estaba caliente, humeante, pero la asió con firmeza y la sostuvo entre sus manos desnudas. Yaroslav percibió el olor a carne quemada, en lid con el poderoso tufo de la chirivía y el hediondo vapor del cazo, el cual reconoció como el agrio e inconfundible olor del orín—. Derrámalo —urgió, sin apartar la vista del tarro que sostenía Liudmila—, derrámalo. —Sostuvo la baldosa frente a ella, lisa sobre la palma de la mano.

La muchacha miró de reojo a Yaroslav, que asintió con la cabeza. Vacilante, destapó el tarro y derramó un líquido espeso y lechoso sobre el azulejo. El anciano la felicitó con su mellada sonrisa de dientes negros y amarillos, antes de apresurarse a

acercarse al horno de cerámica. Incluyó el icono a fin de que el líquido se vertiera sobre la imagen de la Virgen hasta caer al cazo, tras lo que acercó el rostro al chorro de vapor e inhaló profundamente, con los ojos cerrados.

—Sí. Simiente de señorito y orín de luna y estrellas. Ya casi está.

Una vez pronunciadas aquellas palabras, Yaroslav se percató de repente del olor a sangre... sangre fresca. Miró alrededor, presto. Para su sorpresa, Marcus y Nicoli estaban sangrando. Algunas de las cicatrices del pecho de Mano de Madera se habían abierto y supuraban una sangre entre roja y negruzca; las llagas ensangrentadas formaban un círculo completo. Las cicatrices de Nicoli el Calvo también habían respondido al rito. El perfil de una enorme estrella de cinco puntas sita en su torso rezumaba sangre corrupta.

El anciano, mientras tanto, levantó la olla con las manos desnudas. Su sangre siseó y humeó, mas no le prestó atención. Llenó los dos vasos antes de devolver el recipiente a su asiento. Una vez hecho aquello, se volvió hacia Yaroslav y Liudmila. Los dos observadores sangrantes no hicieron ademán de acercarse a los vasos, que en apariencia les estaban reservados.

Yaroslav sabía que ninguno de ellos era para él. Su misión consistía en proporcionarle al anciano los elementos necesarios para sus ritos oscuros, y eso lo había cumplido. El asesinato del pomposo Svorenko dependía de aquellas abominables criaturas.

—Bien hecho —felicitó el anciano. Al instante siguiente, su cuchillo de caza había saltado a su arruinada mano ennegrecida. Como una centella, traspasó la garganta de Liudmila con el filo. Yaroslav apartó la hoja de un manotazo... demasiado tarde. Liudmila se llevó la mano a la garganta y la apartó temblorosa, mojada

de sangre. Su asombro dio paso a la incredulidad y, enseguida, al pánico.

—¿Yaroslav? —Su voz sonaba débil, trémula—. *¿Yaroslav?*
—De nuevo, esta vez con mayor énfasis, suplicándole que la salvara.

Sangraba a borbotones, como si su herida estuviese respondiendo a la cercana luna y a las estrellas; con la salvedad de que, donde aquellos cuerpos sobrenaturales supuraban un icor negro rojizo, su herida era un río de sangre que manaba al compás de los latidos de su corazón. Yaroslav no podía hacer nada más que sentir la presión de sus dedos a medida que le arañaban el torso en el descenso que precedió al derrumbamiento de la joven.

Sojuzgó su rabia. Era tal el anhelo que lo empujaba a rendirse al lobo hombre sediento de sangre, a desmembrar a aquellas criaturas blasfemas trozo a trozo... pero se obligó a recordar su lugar. Aún no había cumplido con su misión. Sus torturadores no habían desempeñado aún el papel que les correspondía. Aún así, hubo de realizar un esfuerzo titánico para mantener el control. Aquellos demonios eran aliados por el momento, se dijo. Ella no era más que una humana, un juguete desdeñado de un baladí señor de los Colmillos Plateados. Mas yacía mirándolo, todavía suplicantes los ojos, desde el suelo, mientras su sangre empapaba la manta y las tallas de madera. Yaroslav hubo de apartar la vista, de abandonarla en sus últimos instantes. Todo su cuerpo se estremecía, presa de la ira.

—¡Deprisa! —urgió el anciano, al tiempo que apartaba a Yaroslav de un empujón para regresar raudo con una ancha sartén poco profunda. Izó la cabeza de Liudmila cogiéndola por los cabellos y depositó el recipiente bajo ella, a fin de recoger su sangre. La muchacha carecía de fuerzas para resistirse.

Yaroslav miró al techo, sucio por el humo y la humedad.

—No me habías dicho que necesitaras su sangre para el rito —gruñó, sin separar los dientes.

—No es para el rito —repuso el anciano. Yaroslav casi pudo *escuchar* aquella cruel sonrisa amarillenta—. Es para el cocido. Ya estoy harto de coles. Aquello fue la gota que colmó el vaso para Yaroslav. Apretó los puños al tiempo que éstos comenzaban a aumentar de tamaño. Apretó los dientes crecientes con tanta fuerza que se hizo sangre en la boca. Se había desatado su cólera y la rabia teñía de rojo su visión, pero antes de que el cambio se completara, el caos se apoderó de la diminuta cabaña.

La ventana tras la silla del anciano explotó en una lluvia de fragmentos de cristal y astillas de madera, destrozados los postigos. Un instante después, la puerta principal, trancada, y la trasera se vinieron abajo a su vez. En el tiempo que dura un latido, una nebulosa de colmillos y garras pintó de sangre las paredes y el techo de la estancia, atestada de repente. La bestia nívea jaspeada, rugiente, atravesó la ventana para aterrizar sobre el anciano, arrancarle un brazo de cuajo y hundir los colmillos con énfasis en la base de su cuello.

El Garou que se abrió paso por la puerta principal era una centella de pelaje blanquísimo y cegadoras garras de plata. La primera embestida mutiló el rostro de Nicoli, la segunda dejó un espantoso vacío en medio de las cinco puntas de la estrella que adornaba su pecho. Yaroslav, ya completado su cambio, vaciló inseguro del bando al que debía atacar; el inesperado brote de violencia mantuvo a raya su rabia por el momento; la rabia en estado puro del Garou de pelaje inmaculado era un espectáculo sobrecogedor. La indecisión de Yaroslav le arrebató la iniciativa inmediata.

Un tercer Garou, aún más alto que los otros dos, si es que eso resultaba posible, irrumpió en la habitación procedente de la

cocina y apartó a Yaroslav de un empujón. Marcus había conseguido alzar su mano de madera en respuesta a los ataques. El tercer Garou cerró la boca en torno a su codo, lo despegó del suelo y, con un violento zangoloteo de cabeza, lo sacudió igual que a un indefenso muñeco de trapo hasta que el falso apéndice, cerceado, traqueteó contra las tablas del suelo.

Propulsado a un lado, Yaroslav trastabilló... y tropezó con Lidmila. Tras conseguir apartar su atención por unos instantes de la magnificente bestia blanca, se inclinó y tiró del cuerpo inerte de la joven para retirarlo, barriendo con ella charcos tanto de su propia sangre como de la de los conspiradores. Debían de haber transcurrido cinco segundos desde que los Garou comenzaran el asalto.

La batalla ya habría quedado decidida si fuesen simples humanos los que se encontraban bajo ataque; el anciano, balando quejumbroso por la pérdida de su segundo brazo, consiguió que brotaran tres nuevos apéndices de su tronco, rematados todos por una cuchilla serrada en lugar de manos. Como uno solo, se hincaron en el Garou jaspeado, a quien Yaroslav reconocía ahora como el pomposo señorito, Victor Svorenko.

El Garou blanco de garras plateadas, Lord Arkady, también tenía problemas. Nicoli estaba ciego y gritaba de agonía. Su cuerpo mutilado no podía contener por más tiempo la mancha del Wyrn y la corrupción de su alma, y su sangre, roja y negra cuando manaba antes de su pecho, fluía ahora con un uniforme tono oscuro. Brotaba igual que una fuente de deshechos incandescentes; todo lo que tocaba chisporroteaba, humeaba y se ennegrecía: paredes, muebles y Garou por igual. Los gañidos de dolor de Arkady se unieron a la melodía del combate.

Yaroslav también conocía al mayor de los tres Garou, Arne Ruina del Wyrn, familia de leche de la Camada de Fenris, Ruina

del Wyrn, tras comprobar que aquel sabor a corrupción no era de su agrado, arrojó a Marcus contra la pared más alejada y comenzó a escupir y a golpearse el hocico con las zarpas. La carne que había desgarrado del cuerpo de su enemigo estaba podrida e infestada de larvas y parásitos. Ruina del Wyrn sacudió la cabeza con vigor y se atragantó. Mientras tanto, un torrente de insectos voladores dotados de aguijón se derramó del muñón del brazo de Marcus, inundando enseguida la estancia.

Casi al mismo tiempo, las diminutas cabras de madera, dispuestas en círculo alrededor de la habitación y testigos mudos de todo lo acontecido allí esa noche, comenzaron a cambiar ante los atónitos ojos de Yaroslav. Ganaron altura y perdieron sustancia, dejando de ser figuras de madera para convertirse en fantasmas de sombras arremolinadas. Fueron primero a por el enfurecido Svorenko, en duelo con su señor. Por cada brazo que el Garou arancaba del cuerpo del anciano, crecían uno o dos más para ocupar su lugar. Las cuchillas dentadas que los remataban alcanzaban su objetivo. La sangre de Svorenko brotaba roja, real. Las sombras le atacaron las heridas, hurgando en la carne lacerada. Svorenko combatía ferozmente con los apéndices de hidra del anciano, pero comenzaba a ceder terreno. Los seres sombríos se enredaban en las piernas y los brazos del Garou, cegándolo, tirando de él hacia abajo, incansables. El anciano profirió un rugido triunfal; de uno en uno, unos achaparrados cuernos caprinos se abrieron paso a través de la piel de su frente.

En las proximidades, aunque Marcus pareciera poco más que un cascarón vacío y disecado tirado en el suelo, también Ruina del Wyrn se debatía. Los insectos que se congregaban en enjambres a su alrededor eran demasiado pequeños e insustanciales como para ofrecerle blanco alguno. Su fuerza bruta y enormes garras no eran nada para ellos. Con cada tajo que descargaba sobre la plaga,

acudían miles de insectos a restaurar el hueco conseguido. Las sombras comenzaban a fijarse en él. Se enroscaron en masa alrededor de sus abultados bíceps y antebrazos; reptaron a su alrededor y le atenazaron el cuello. Su rabia cegadora no tardó en actuar contra él mismo, obligándolo a debatirse y lanzar golpes a ciegas. Presa de su propia ira y frustración, las sombras consiguieron hacerle perder el equilibrio; con uno de sus zarpazos, tan poderoso como fútil, se desplomó con gran estrépito sobre las tablas.

Arkady, con el pelaje humeante y la carne abrasada por la espesa rociada de la corrosiva sangre negra de Nicoli, no era ajeno al padecimiento de sus camaradas; el pánico aún no se había adueñado de él. Al ser el único Garou que quedaba en pie, disponía de más espacio para maniobrar. Desenfundó su gran klaive y decapitó a Nicoli de un poderoso mandoble. Una fuente negruzca manó de aquel torso que se debatía con salvajes aspavientos, mas Arkady la burló con una grácil finta; con el mismo movimiento, asió la lámpara de queroseno con la punta de su klaive y arrojó la luz al cuerpo avellanado de Marcus.

Con el impacto, la lámpara y el cascarón de piel y huesos estallaron en una bola de fuego con una explosión que chamuscó el pelaje de Yaroslav. Al instante, el enjambre de insectos que había estado cegando y ensañándose con los Garou emprendió la retirada e intentó regresar al cuerpo. Las lenguas de fuego los achicharraron a miles en una cacofonía de chasquidos sibilantes. Arkady se giró para plantar cara al anciano, a su plétora de brazos giratorios rematados en punta y a sus chatos cuernos de cabra. Las sombras, presintiendo qué enemigo representaba la mayor amenaza, se agruparon alrededor del chamuscado Garou pura sangre. Su klaive las segaba por docenas, pero parecían recomponerse con la misma rapidez con la que Arkady lograba tajarlas.

El anciano reía como un grajo sin dejar de zaherir al caído Svorenko. Arne Ruina del Wyrm intentaba recuperar el aliento después de haberse asfixiado con los gusanos, los insectos y las sombras etéreas. Los fantasmas, en el ínterin, obligaban a Arkady a retroceder en dirección al fuego, el cual ya se había extendido hacia la pared adyacente y trepaba veloz hacia el techo.

En medio de una carcajada cascada, el anciano enmudeció de repente cuando su cabeza salió disparada de su cuerpo. Continuó agitando los brazos durante varios segundos, cada vez más despacio, hasta que su cadáver decapitado cayó de bruces sobre el suelo ensangrentado. Como una sola, las sombras que acosaban a Arkady se encabritaron, antes de ganar peso de improviso y desplomarse. Lo que golpeó el suelo fueron centenares de virutas. Las que aterrizaron en la manta absorbieron charcos enteros de sangre. Muchas fueron a alimentar las llamas, que continuaban extendiéndose y amenazaban con devorar toda la casa.

Arkady le dio la espalda a sus inexistentes enemigos. Svorenko y Ruina del Wyrm se pusieron en pie, despacio. Allí estaba Yaroslav, erguido sobre el cuerpo decapitado de la horrenda criatura que había sido el anciano, con los ojos clavados en sus garras ensangrentadas. Un gruñido amenazador nació ronco en la garganta de Victor Svorenko, al que pronto se unieron los otros dos mientras el humo se adueñaba de la habitación envuelta en sangre y fuego. Los tres Garou, furiosos, cercaron al Señor de la Sombra.

Capítulo nueve



Las pisadas de pies y patas resonaban sobre la bruñida piedra mientras Korda Laszlo conducía a los dos emisarios por el pasadizo. Pensó que aquella era noche de embajadores. Habían transcurrido apenas algunas horas desde que el margrave hubiera completado su audiencia con Hans Golpea Primero. Laszlo se había ocupado de que el joven Hijo de Gaia hubiese sido aceptado alrededor de una fogata donde sobraba la carne; no por casualidad, otro hermano de tribu de Golpea Primero era miembro de aquella manada en concreto, por lo que el cachorro pudo ver que los suyos no sólo eran bienvenidos al Clan del Cielo Nocturno, sino que algunos ya hacían uso de la invitación.

Los dos emisarios que seguían a Laszlo en aquellos instantes no eran tan fáciles de inmiscuir en eventos multitudinarios. Velaban por unos intereses muy concretos y no venían en calidad de cachorros intrépidos, sino como ancianos ya curtidos en la batalla y en la sangre, en la experiencia y en la pérdida. Ahí terminaban los parecidos entre la pareja. El que dos Garou tan distintos pudieran llegar juntos a aquel lugar rayaba en lo milagroso.

El margrave Konietzko era el que había obrado lo imposible, y les había mostrado dónde coincidían sus intereses.

La cámara de audiencias se encontraba vacía cuando los tres llegaron a ella; el margrave aún no estaba. Las brasas al rojo que descansaban en un brasero se apoderaban del frío del aire. Hilachos de humo gris flotaban lasos hacia arriba para perderse en un pequeño pozo cortado en la piedra del techo. Las paredes se adornaban con tapices que ilustraban la historia de los Garou, tejidos con habilidad sin caer en lo ostentoso: aquí, Alexandru Rabia del Trueno entraba en la Umbrá; allí, Septumus Dio descuartizaba a un procónsul romano; la escena más reciente mostraba a Boris Atronador triunfal sobre Corazón de Furia, de los Colmillos Plateados, reclamando el Clan del Cielo Nocturno para los Señores de la Sombra. Destacaba la ausencia de imagen alguna del margrave Yuri Konietzko. Un buen número de taburetes de madera tallada se alineaba junto a las paredes.

—El margrave no tardará en reunirse con vos —dijo Laszlo. Había mandado un mensaje al hogar familiar de Konietzko. El margrave pasaba ya poco tiempo con su esposa (sólo el necesario para el apareamiento, a fin de procurar el nacimiento de nuevos Garou) y ninguno con sus hijos, salvo con aquellos que exhibían el don. No habría despedida emotiva que lo apartase de los emisarios y de su deber.

La primera emisaria, Helena Lenta en la Ira, aceptó la declaración de Laszlo con talante impasible. Ya eran varios los días que llevaba en la manada en calidad de invitada y no sentía ningún apremio. Era una mujer alta, fibrosa, delgada pero fuerte como el acero, con piel color aceituna tostada por el sol y un severo corte de pelo. Las cejas, como toda ella, eran finas y oscuras. No hacía mucho que Kelonoke Greña Salvaje había venido a Hungría para entrevistarse con el margrave, pero ahora era Helena Lenta en la

Ira la que ocupaba su lugar; elegida quizás a propósito para tratar con el otro emisario recién llegado, Veloz como el Río.

Laszlo albergaba la sospecha de que no era la ausencia del margrave sino la montaña que se cernía sobre sus cabezas, toneladas de tierra y roca, lo que agitaba a Veloz como el Río. El Garou Lupus paseaba despacio de un lado para otro, chasqueando las uñas contra el suelo; tenía el vello a medio erizar. Laszlo le había ofrecido alimento (Veloz como el Río venía desde el sur, de muy lejos), pero el Garras Rojas había rezongado que ya cazaría para sí cuando tuviese hambre. No le prestaba atención alguna a Helena, y ésta muy poca a él, pero se encontraban en la misma estancia, traídos por un propósito común que, en sí, engendraba una esperanza improbable o, cuanto menos, precaria.

Dado que su presencia ya no era necesaria, Laszlo los dejó a solas. Recorrió los pasadizos excavados en la roca con una familiaridad fruto de años de repetición. Una mano presionó una piedra en concreto, indistinguible de las que la rodeaban, para revelar una puerta escondida que giró en silencio sobre sus goznes para volver a cerrarse, también sin emitir ruido, una vez traspuesta. Aquel pasillo era estrecho y oscuro, pero Laszlo conocía bien el camino. Tras unos cuantos giros en los recodos apropiados, llegó a su destino. La mirilla espía ya estaba abierta, preparada con antelación a fin de que el deslizarse de la placa no alertara a los sensibles oídos de Veloz como el Río. Laszlo miró a través de la figura de Septumus Dio; el tapiz no exhibía agujero alguno, sino que los hilos se habían enhebrado de tal modo que el tejido aparentaba más sustancia visto de frente que desde atrás. Con la negrura de fondo y la tenue iluminación de la cámara de audiencias, Laszlo pasaría inadvertido y, de surgir la necesidad, podría reunirse con los ocupantes de la estancia en cuestión de segundos.

Desde su puesto secreto de observación, Laszlo vio cómo Veloz como el Río continuaba paseando de un lado para otro, inquieto, y Helena se esforzaba por ignorarlo. No se había seleccionado la sala de reuniones aposta para fastidiar al Garras; la tormenta seguía desatándose en el exterior y el decoro dictaba que el anfitrión proporcionase el refugio necesario. Los dos Garou no intercambiaban palabra alguna, sólo intermitentes miradas de soslayo cada vez que el uno pensaba que el otro no se daba cuenta.

Veloz como el Río fue el primero en escuchar los pasos, el metódico chasquido de los tacones de bota contra la roca. Las orejas del Garras se irguieron y él permaneció inmóvil; segundos después, Laszlo y Helena supieron el motivo.

El margrave entró en la cámara con paso decidido, con la capa de piel ondeando tras él, la espada acomodada sobre la cadera. Les dirigió un saludo formal, en griego a Helena y en serbocroata a Veloz como el Río. Según se había acordado con anterioridad, no hubo cambio de formas. El Garras Rojas no se dignaba asumir un semblante más humano, ni apreciaba el que aquellos que preferían la forma de hombre se convirtieran en Lupus, como si necesitaran «compensar» algo en su presencia. Por tanto, la conversación se tornaba tensa en ocasiones, laboriosa cuanto menos, pero las alianzas eran un muro de piedra levantado con bloques acomodaticios, y la menor piedra de excentricidad solía encajar mejor que cualquier pedrusco de exacerbado principio.

—Has regresado —comenzó Konietzko, sin más preámbulos. El Garras prefería la franqueza, igual que Helena, e igual que el margrave—. ¿Qué has descubierto? —Hablaba despacio en serbocroata, a fin de que Helena pudiera seguir el hilo de la conversación. Ésta conocía aquella lengua humana lo suficiente como para salir del paso (uno de los motivos por los que la había

enviado Kelonoke), mientras que Veloz como el Río no entendía el griego y se negaba a hablar cualquier idioma humano.

Prefería gruñir y gañir, sonidos que no significaban nada para los humanos pero que entre los Garou componían una lengua natural y desarrollada.

—El río no se recupera. Peces, nutrias, zorros... todos muertos. El agua corre, pero el veneno se queda.

—¿Qué hay de los humanos?

—No son tan tontos como para beber del río... pero también mueren, los humanos.

Laszlo reconoció el tinte de una profunda satisfacción en aquellas últimas palabras del Garras Rojas. Si el Señor de la Sombra no conociera a su congénere, habría pensado que la mueca de Veloz como el Río poseía trazas de sonrisa.

—¿El agua los enferma? —quiso saber Konietzko.

—El agua —convino Veloz como el Río—. También eso mata.

También. Laszlo no necesitaba adivinar lo que quería decir el Garras. Desde la explosión del dique que había inundado los ríos Somes y Tisza con miles de metros cúbicos de aguas contaminadas por el cianuro, la vida de sus orillas se había marchitado hasta morir: la vegetación; los animales que se alimentaban de plantas o pescado, o que vivían en los ríos o bebían en ellos; los humanos que dependían del agua para su subsistencia. Los pueblos que aún permanecían en pie se asemejaban a ciudades fantasma, despoblados en su mayoría. Si desaparecía algún humano, o incluso si se masacraban aldeas enteras, lo más probable es que nadie se diera cuenta durante cierto tiempo. Con la inestabilidad política que azotaba la región, ¿quién podría decir a ciencia cierta de dónde venía la violencia?

—Debemos obrar con cautela —dijo Helena Lenta en la Ira, consciente de las implicaciones de las palabras del Garras—. No todos los humanos son criaturas del Wyrm.

—Donde hay humanos, medra el Wyrm —apuntó Veloz como el Río.

—Sí —convino Helena—, pero debemos erradicar a los fomori, destruir a las Perdiciones y sus pozos. A los humanos los podemos... persuadir, influenciar.

—Si no hay humanos, no hay Wyrm.

—Eso no es cierto, y lo sabes —se encaró Helena con el Garras Rojas.

El pelaje de Veloz como el Río, ya liso, volvió a ponerse de punta. Emitió un ronquido... no una frase en la lengua de los Garou, sino una inequívoca señal de advertencia de los Lupus. Helena no correspondió a su furia. El margrave aguardaba, paciente. El Garras relajó los músculos.

—Si no hay humanos, hay menos Wyrm —concedió, al fin.

Mientras esta tentativa de aquiescencia echaba raíces, Konietzko cogió uno de los taburetes de tres patas alineados junto a la pared. Tomó asiento cerca del brasero.

—Dado que buscamos la destrucción de los esclavos del Wyrm, sin duda... ocurrirán accidentes de vez en cuando. Habrá humanos que, sin haber sucumbido a la mancha, se conviertan en víctimas fortuitas. —Veloz como el Río bufó su desdén; Helena frunció el ceño y se cruzó de brazos—. Mientras los humanos se mantengan ocupados con sus propios asuntos, no veo que esto suponga peligro alguno. Pero —añadió, atusándose la barba de plata—, debemos tener cuidado. Los humanos no repararán en nuestra existencia a menos que les demos motivos para ello. Las palabras de Helena Lenta en la Ira entrañan sabiduría. Habla con

la voz de Kelonoke Greña Salvaje, cuya determinación y capacidad de visión admirabas, ¿no es así, Veloz como el Río?

El Garras Rojas bufó de nuevo, para la secreta satisfacción de Helena.

—No me interpretéis mal. Habrá más sangre. La lucha aún está lejos de terminar, pero el tûmulo que recuperó tu manada en Kosovo, Veloz como el Río, ¿era aquella profanación obra de manos humanas? No, suponía que no. Debemos preocuparnos de permanecer concentrados en la amenaza más inminente. Ya habrá tiempo de ocuparse de los humanos cuando hayamos resuelto eso.

Helena no se mostraba de acuerdo del todo.

—¿Encontraste más de estos...? —hizo una pausa para encontrar una palabra en el que no era su idioma natal—, ¿...estos humanos *distintos*?

Veloz como el Río clavó los ojos en ella.

—Sí —gruñó—. Muy pocos. Se parecían a los demás humanos... sólo que nos veían. No salían corriendo ni gritaban.

—Y, ¿mostraban indicios de poseer... poderes... que los humanos no deberían tener?

—Sí. Pero también ellos están muertos. Si no hay humanos, no hay Wym.

—Los que encontré mi gente no olían a la mancha del Wym.

Veloz como el Río ladeó la cabeza.

—No olerían a Wym, pero tenía que ser eso.

—Son humanos —intervino Konietzko—, y por tanto, aislados, suponen una amenaza ínfima para nosotros. Quizá tus líderes de manada de guerra de los Garras podrían andar con más cuidado durante algún tiempo. Sólo para asegurarnos de que no llamamos demasiado la atención.

—Antes hablaste —se dirigió Helena al margrave— de ensanchar nuestros esfuerzos.

—Hemos perdido muchos túmulos —dijo Veloz como el Río, lacónico—, y a muchos Garras que intentaban recuperarlos. ¿Qué más podemos hacer?

—Los Garras han combatido con auténtico valor. Al igual que las Furias, al igual que los Señores de la Sombra. Hemos avanzado, las tres tribus, a través de los Balcanes. Empero, ciertas zonas permanecen lejos de nuestro alcance, atestadas de bestias del Wyrn: partes de Serbia y Kosovo, incluso a orillas del Tisza en Hungría.

Nuestro pueblo ha sacrificado mucho, Veloz como el Río. Puede que donde tres tribus han conseguido más que una, cuatro o cinco pudieran lograr más aún.

—Pero los demás están demasiado ocupados con sus supercherías y politiqueros humanos —rezongó Veloz como el Río—. No son lobos, sino hombres.

—¿Acaso no has dicho alguna vez lo mismo de los Señores de la Sombra, y de las Furias? —preguntó Konietzko—. ¿Acaso no hemos demostrado ser aliados de confianza?

—No es lo mismo —masculló Veloz como el Río—. Los demás no son dignos de compartir la carne con los Garras. Nosotros morimos mientras ellos hacen la vista gorda con los humanos y con el Wyrn.

Konietzko asintió con la cabeza.

—Pensemos pues, mi buen amigo, en cómo convencer a los demás para que se muestren dignos. Después, añadiremos la información que nos traes a nuestros mapas de la cuenca del Tisza.

Veloz como el Río se sentó por fin sobre los cuartos traseros. Helena se acercó un taburete. En su puesto de espía, Laszlo no

disponía de tales lujos, pero poseía la fuerza de voluntad y la paciencia características de su tribu.

Capítulo diez



El humo procedente del fuego en rápida expansión zahería los ojos de Yaroslav a medida que cambiaba de posición con cautela e intentaba mantener a los otros tres Garou dentro de su ángulo de visión. Gruñían amenazadores, aparentemente indiferentes al cadáver decapitado del anciano, al que Yaroslav había derribado cuando ellos se habían mostrado incapaces de hacerlo. Lo que imposibilitaba la contención era el pequeño detalle de que Yaroslav hubiese estado conspirando con los aberrantes esbirros del Wyrn; los Colmillos y los Fenris se mostraban inflexibles en tales asuntos.

En aras de cualquier ventaja que pudiera proporcionarle en condiciones tan adversas, Yaroslav invocó el poder de Luna para que lo librase del daño; la Hermana Loca estaba en todas partes, aun cuando mirase hacia otro lado. Así y todo, el Señor de la Sombra apenas tuvo tiempo de zafarse cuando Arkady trazó un arco con su klaive.

El canto de la hoja cayó sobre el horno de cerámica y destrozó los dos vasos de chupito, que habían sobrevivido de milagro a la

breve pero sangrienta reyerta. Otro giro del filo de Arkady y el silbante cazo se estrelló contra el suelo, derramando su maloliente mezcla de orín, semen y sabía Gaia qué más.

En la esquina del cuarto donde se había iniciado el incendio, se desprendían la escayola y la madera inflamada. Yaroslav se preguntó si sería el único que se daba cuenta de que la casa ardía alrededor y por encima de ellos. Arkady blandió el klaive en su dirección.

Yaroslav hizo cuanto pudo por concentrarse en el veterano Colmillo. Puede que los dos acogidos demostrasen más ferocidad, pero se atenderían a los dictados de Arkady. Si Yaroslav quería sobrevivir a esa noche, tendría que granjearse la confianza del alfa... o, al menos, su benevolencia. A sabiendas de que Arkady no iba a resultar tan fácil de convencer como la pobre y difunta Liudmila, Yaroslav apeló a la sabiduría de sus antepasados para que ésta guiara sus palabras. Cogió aliento.

—Deberíamos salir de esta trampa mortal ahora que el enemigo ha sido destruido —dijo, con toda la seguridad que pudo reunir.

El rugir de las llamas ahogaba el de los Garou. Ruina del Wym dio un leve rodeo en dirección a la espalda de Yaroslav. Se le puso la piel de gallina al imaginarse al Camada detrás de él (la muerte solía llegar rauda desde aquella dirección) pero Arkady era el que importaba; su sí o su no podían inclinar la balanza.

—Te habrás dado cuenta —insistió Yaroslav, arriesgándose a sonar condescendiente con tal de enmascarar su creciente preocupación— de que este sitio está ardiendo.

Arkady no dijo nada, ni bajó su hoja de plata. Yaroslav intentó hacer caso omiso del acercamiento de Svorenko, y de Ruina del Wym, en alguna parte, *ahí detrás*. Los trozos del techo que se

desplomaban eran cada vez mayores. Añadían nebulosas de polvo de escayola al humo, ya de por sí espeso.


—Idos al infierno —dijo al fin Yaroslav. Comenzó a abrirse paso junto a Arkady, hacia el lugar que había ocupado la puerta antes de saltar de sus goznes—. No voy a abrasarme sólo porque...

El canto de la hoja de Arkady se estrelló contra el pecho de Yaroslav, que se encogió de nuevo, lejos de la amenaza de la plata.

—Al bosque —ordenó Arkady. Sus ojos se clavaron en Yaroslav—. Y no intentes escapar. Todavía no hemos terminado contigo.

El tono de Arkady no tranquilizó del todo a Yaroslav, pero al menos estaban saliendo de aquel infierno. No acababa de ver claro del todo cómo iba a hacer para librarse de los tres Garou pero, por lo menos, el cambio de emplazamiento le dejaría algunos minutos para deliberar.

Una vez tomada la decisión, los Garou se apresuraron a abandonar el cobertizo en llamas. Eran poco más que estelas de blanco y gris hendiendo la oscuridad. Aun así, los vecinos alarmados, que habían acudido en cuanto se dieron cuenta de que las llamas sacaban la lengua fuera del hogar del anciano, presintieron la presencia de fuerzas depredadoras más allá de su comprensión. Muchos huyeron a la carrera entre gritos que hablaban de horrores demasiado imprecisos como para poderlos definir. Nadie vio con claridad a los visitantes lupinos de la aldea pero, a partir de aquel momento, la destrucción absoluta de la casa del anciano estaba asegurada. Nadie intentó salvarla, ni a sus habitantes; nadie osaría aventurarse en sus proximidades, al menos hasta que el fuego purgatorio y la luz del día hubiesen exorcizado el mal que la habitaba.



—Ha asesinado a Liudmila. Tiene que morir! —Victor Svorenko, impaciente en la oscuridad, urgía a Lord Arkady. Arne Ruina del Wyrn gruñó su aquiescencia.

Yaroslav no hizo ademán de refutar el argumento. Si habían estado escuchando antes de irrumpir en la casa, sabrían que él no había ejecutado a la muchacha; no de forma intencional ni directa. Si no habían estado escuchando, nada de lo que dijese podría persuadirlos, sobre todo a los dos acogidos. Los minutos se sucedían y el amanecer estaba ya próximo.

Arkady se encontraba sentado en la cuesta de un montículo, con la barbilla apoyada en el pomo de su klaive, cuya punta estaba encajada en una grieta del suelo rocoso. Escuchaba la rabieta de su hermano de clan, mas el veterano Colmillo guardaba silencio y sus ojos no se apartaban de Yaroslav.

—La asesinó —insistió Svorenko—. ¿Quién sabe a qué otras corrupciones podría haber conducido su oscuro rito si no hubiésemos destruido a los otros? —Las heridas leves de Victor ya habían sanado, pero su abrigo blanco jaspeado aún presentaba la huella de numerosos cortes provocados por la criatura del Wyrm que se había ocultado tras el rostro del anciano.

Mientras el joven Colmillo paseaba intranquilo de un lado para otro y Ruina del Wyrm se lamía sus propias heridas, Yaroslav permanecía tranquilo. Se obligó a recuperar la forma humana. Si esta confrontación había de tomar los derroteros del combate, habría perdido antes de empezar, por lo que asumir el menos imponente de sus aspectos parecía aconsejable. La lengua humana, con sus vaguedades y ambigüedades, también podría resultarle útil.

—Deberíamos matarlo antes de que haga más daño —dijo Svorenko. Algunas palabras adquirirían un peso considerable, un gran énfasis, cuando se pronunciaban en la lengua de los Garou: *matar, daño*.

Por fin, Arkady se levantó de su asiento. Izó el klaive; ¿para utilizarlo o para devolverlo a su vaina?, se preguntó Yaroslav. Svorenko dejó de caminar en círculos y observó a su veterano primo. También Ruina del Wyrm se olvidó de sus magulladuras para prestar atención al gran señor Colmillo Plateado, alfa del Clan del Pájaro de Fuego.

—Estabas conspirando con esclavos del Wyrm —sentenció la forma de lobo de Arkady—. ¿Por qué no deberíamos matarte?

Wyrm. Matar.

—Porque el aspecto de la corrupción y la corrupción no son la misma cosa, Lord Arkady. —Yaroslav realizó una leve reverencia. Era mucho lo que arriesgaba. Los rumores de la mancha del Wyrm hostigaban a Arkady desde hacía años, tan inseparables como su propio rabo. Otrora exiliado de Rusia, ahora expulsado del protectorado norteamericano del rey Jonas Albrecht, Arkady siempre había luchado con valor en la guerra contra la Bruja.

—Me conoces. —Arkady se sintió halagado por su notoriedad, por el peso de su renombre. Hizo una breve pausa para cambiar de su chamuscada, aunque aún majestuosa, forma de Crinos blanco a la de hombre. Era alto y de porte regio, pese a las quemaduras que lo tiznaban—. Me encuentro en desventaja con respecto a mi interlocutor.

Yaroslav se inclinó de nuevo, más y con mayor formalidad en esta ocasión, hasta alcanzar la perfecta genuflexión.

—Nada más que un humilde siervo de Gaia, Yaroslav Ivanovych Neyizhsalo.

—¿Natural de qué manada?

—Viajo por mi cuenta —repuso Yaroslav, aún humillada la cabeza—, ayudando a los guerreros de Gaia en la medida de mis posibilidades. —Era cierto... hasta cierto punto. Yaroslav había servido en muchas manadas y a muchos alfas en su día; no sintió necesidad alguna de mencionar a Eduard Maldice el Sol, a quien Arkady profesaba una antipatía feroz por todos conocida.

Arkady sopesó la réplica durante un momento.

—Así pues, decidme, Yaroslav Ivanovych, ¿cómo es que ayudabas a los guerreros de Gaia relacionándote con el Wyrm?

Yaroslav pasó por alto el bufido burlón de Svorenko y se planteó la respuesta con cautela. Aquel era un asunto delicado... y de potenciales consecuencias funestas. Yaroslav se planteó el mencionar el propio pasado de Arkady (las aspersiones que lo difamaban, sin duda infundadas) pero optó por no hacerlo. Los nobles y los poderosos no solían apreciar el que sus circunstancias particulares se comparasen con las criaturas más comunes, así que Yaroslav se decidió por ahondar en su propia situación. Por segunda vez aquella noche, invocó la sabiduría de sus antepasados para que guiaran su lengua... a fin de reunirse con ellos para siempre en el reino de los espíritus.

—Cierto es, Lord Arkady, que he llegado a relacionarme con criaturas del Wyrm —admitió Yaroslav. Arne Ruina del Wyrm desnudó los colmillos, mas el Señor de la Sombra prosiguió—: Es cierto que podría haber atacado a los fomori de la aldea en cuanto tuve constancia de su presencia, pero la Letanía reza: «Combate al Wyrm en su morada y cuando brote».

—No hace falta que me recites la Letanía —recriminó Arkady.

—Disculpadme. —Yaroslav se apresuró a continuar—: Esperaba que, en lugar de destruir a un puñado de humanos corruptos, podría conocer el paradero del nido donde se estaba gestando el

Wyrm, a fin de alertar a Pisa la Mañana, dado que él es el justo protector de este territorio.

—Citas la Letanía —interrumpió Svorenko—, pero pasas por alto el pasaje que nos dice: «Respetar el territorio de otro». En lugar de anunciarle tu presencia a Pisa la Mañana, te arrastraste sobre el vientre en la oscuridad, como la cosa del Wyrm que eres.

—He de rogaros vuestra misericordia y también la de Pisa la Mañana —se defendió Yaroslav, contento de ser el blanco de aquella acusación, la cual distraía la atención de su imaginativo relato de los acontecimientos—. Pensé que el contacto formal con la manada podría poner en peligro mis actividades contra los esclavos del Wyrm.

—¿Cómo supiste de la existencia de los fomori? —quiso saber Arkady.

La respuesta se le ocurrió a Yaroslav como caída del cielo; así y todo, aún no pensaba darle las gracias a sus antepasados, por mucho que las deudas contrechadas con ellos se estuviesen acumulando.

—Fue la joven la que me condujo a ellos.

Las orejas de Svorenko se irguieron de inmediato.

—Claro está que, al principio, no supe ver que estaba manchada...

—¡Miente! —rugió Svorenko.

—Debo confesar que... la apreciaba —continuó Yaroslav—. La vi bañándose en un arroyo, adonde iba sola en ocasiones, y me acerqué a ella.

—Nos lo habría dicho —apuntó Ruina del Wyrm. Parecía algo confuso.

—Sí, supongo —convino Yaroslav—. Llegué a sugerir que me presentara a la manada, pero se negó. Me dijo que flotaban en el aire oscuros presagios y que debía mantenerme alejado del

túmulo. Me extrañaron tanto sus palabras como sus actos, aunque me sedujo la generosidad con que prodigaba sus virtudes. —Ignoró el peligroso gruñido que brotó de la garganta de Svorenko—. Así fue como di en seguirla y me condujo a la aldea. Me encaré con ella y la convencí para que me llevase ante quien fuese la persona con la que iba a reunirse. Le conté al anciano lo que quería escuchar y así fue como me gané su confianza.

—Del mismo modo que ahora nos cuentas a nosotros lo que queremos oír —dijo Svorenko.

—Él era un engendro del Wyrm indigno de la verdad. Vosotros sois guerreros de Gaia.

—Así pues, ¿qué es lo que aprendiste, Yaroslav Ivanovych? —preguntó Arkady—. ¿Qué hay de ese nido del Wyrm?

La mente de Yaroslav trabajaba a toda velocidad, pese a su calma aparente. Había enfurecido a Svorenko lo suficiente como para evitar la impresión de estar intentando satisfacerlos a todos, pero el Señor de la Sombra necesitaba pruebas concluyentes, algo sólido, para fortificar su posición. Lanzó la red de sus pensamientos cuan ancha era e, irónicamente, pescó un bocado de verdad que aún podría salvarle la vida.

—Habría llegado a descubrir más si no me hubieseis atacado y me hubiese visto obligado a defenderme de vosotros. —Svorenko rugió y extrajo las garras, afilándolas y provocando chispas en la cara de una roca. Yaroslav continuó sin amilanarse—: Es más fácil conseguir leche de un macho cabrío que sonsacarle sus secretos a un engendro del Wyrm, pero los oí hablar de una mina que queda hacia el oeste. A un día de viaje.

Arkady consideró aquello.

—A un día de viaje —repitió para sí, con la mirada fija en el cielo de la madrugada.

Yaroslav sabía que había picado la curiosidad del Colmillo Plateado, azuzado el orgullo del alfa pero ¿sería suficiente? ¿Le creía Arkady, o conseguirían satisfacer sus sangrientos apetitos Svorenko y Ruina del Wyrn?

—Vamos a ir a este pozo del Wyrn —dijo Arkady, por fin. Yaroslav contuvo un suspiro de alivio.

Svorenko no se sentía tan satisfecho.

—El sol ya casi ha salido. Tendríamos que matar a este traidor y regresar al túmulo para mi rito.

Ruina del Wyrn no terminaba de creerse que Arkady fuese a mostrarse clemente con un Señor de la Sombra descubierto en plena conspiración con fomori. La decisión, o puede que fuese la propia confusión del Camada, lo agitaba amargamente. Comenzó a bufar y afilarse las garras en la corteza de un olmo joven, que no tardó en quedar reducido a poco más que un montón de leña menuda.

—Debería morir —insistió Svorenko, entre gruñidos—. Conspiró con engendros del Wyrn. Mató a Liudmila.

Morir. Matar.

—No se toma la vida de un Garou a la ligera, Victor —dijo Arkady, con un dejo helado en la voz; había tomado una decisión, se había colmado su paciencia—. La última batalla se aproxima con cada amanecer y cada puesta de Hermana Luna, mientras nosotros nos debilitamos peleando los unos con los otros. Todos los que han de proveer la salvación de Gaia ya han nacido, ¿o acaso te has olvidado de la profecía? Yaroslav Neyizhsalo es Garou. La joven sólo era de la Parentela, y encima con visos de estar mancillada. ¿Acaso no te das cuenta?

Svorenko humilló la cabeza y guardó silencio. Yaroslav se sintió justificado; aunque su misión había fracasado, daba gracias

por, al menos, haber sobrevivido. Estaba listo para seguir su camino.

—Por tanto, vamos a ir a este pozo del Wyrm —repitió Arkady. Se volvió hacia Yaroslav—, y tú nos guiarás. —Yaroslav sintió cómo se le encogía el corazón—. Lucharemos juntos contra el Wyrm. Cuando regresemos al túmulo, Victor, tu Rito de Reconocimiento será uno entre muchos.

Uno entre muchos Ritos de Reconocimiento, pensó Yaroslav, o puede que los ritos fuesen Reuniones por los Difuntos.

Capítulo once



Cuando el cuervo hubo terminado de susurrar al oído de Oksana, ésta se quitó del pelo la cinta de cuero que había estado sujeta a la amatista e hizo un lazo en uno de los extremos, donde ató uno de los espolones del pájaro. Afianzó la otra punta al sólido barrote de una balda de madera que sostenía un pequeño espejo de respaldo de plata. El ave espíritu se posó tranquila, parpadeando a la vacilante luz de la vela de la cabaña.

—¿Qué te cuenta tu pequeño plumífero? —preguntó Vladimir Bily.

Oksana se alegró de no haber dado un respingo. No le había oído entrar en la cabaña, no había tenido ni idea de que estaba allí hasta que hubo hablado. Puede que acabase de entrar en el mundo físico en aquel preciso instante.

—¿Crees que es buena idea que estés aquí? —fue su fría respuesta.

Vladimir el Blanco soltó una risita ahogada.

—Tus espíritus guardianes no se percatarán de mi presencia más que tú.

—Subestimás a Sergiy Pisa la Mañana por tu cuenta y riesgo —repuso Oksana, encogiéndose de hombros. Aunque Vladimir perteneciera a su tribu, encontraba cierto malsano placer en la idea de Pisa la Mañana sacándole las entrañas y desmembrando al Señor de la Sombra.

—Ah, pero si fuiste tú la que enviaste a un honorable invitado de tu manada a su ruina.

Oksana, pese a encontrarse en forma humana, reprimió el impulso instintivo de enseñarle los dientes a su hermano de tribu. Al hablar tan a las claras de sus planes, Vladimir la ponía en peligro; no tanto por la amenaza que suponía el que alguien pudiera estar escuchando sino por el daño que aquello supondría a su posible refutación de cualquier acusación. La noche anterior, se había mostrado evasivo al respecto del auténtico propósito de su llegada, si bien sus intenciones le habían resultado evidentes a Oksana. Pero ahora, ¿cómo podría esperar enfrentarse a un Atrapaverdades y desmentir que conociera el nefasto móvil de Bily? Las presunciones no implicaban conocimiento; podría negarlas sin ningún problema. Pero este comentario... este poner el pie tan cerca de la línea de la etiqueta diplomática entre los Señores de la Sombra, una línea que el Hijo del Tuétano jamás cruzaría por accidente...

—¿Se puede saber qué es lo que quieres decir con eso? —le preguntó Oksana al de la cicatriz—. Yo sólo expresaba mi preocupación por una muchacha ausente del túmulo. De verme obligada a ello —añadió a modo de advertencia—, tendría que admitir que mi preocupación era fruto de los comentarios de un visitante clandestino, el cual, por algún motivo, no deseaba revelar su presencia al resto de la manada. De existir algún peligro, lo mejor sería que avisase al líder de la manada.

Vladimir volvió a reírse, ladino.

—Estoy seguro de que Lord Arkady sabe cuidarse por sí solo.

Así que era eso. Como si Oksana necesitase que le confirmaran sus sospechas: el plan de Bily, y por tanto la voluntad de Maldice el Sol, aspiraba a la destrucción de Arkady. Con todo, Vladimir bailaba muy, muy cerca de la línea de la negatividad sin llegar a traspasarla. A lo mejor. Técnicamente, se había limitado a expresar su confianza en el Colmillo Plateado.

—¿Qué te ha dicho tu plumífero? —volvió a preguntar Vladimir.

Oksana se planteó la posibilidad de hacer oídos sordos, o de contarle alguna mentira, o de acercarse a ello todo lo que pudiera sin tener que mentir de verdad; al final decidió que cuanto menos intentara manipularlo, con mayor facilidad se daría cuenta de cuándo intentaba manipularla él a ella.

—Cierta grupo de fomori del oeste ha sido destruido por Lord Arkady y los parientes de leche, Victor Svorenko y Arne Ruina del Wym. Y también por otro Garou, de nombre Neyizhsalo. A lo mejor lo conoces.

—Tengo el gusto —repuso Bily, chulesco.

—Los cuatro se dirigen ahora hacia el oeste, en busca de glorias aún mayores.

—¿Y de peligros aún mayores? —preguntó, con una mezcla de burla y curiosidad.

—Eso aún está por ver.

—Y tanto. ¿No tendrías que alertar al líder de tu manada? —preguntó Bily, fingiéndose preocupado—. Todos deben de andar desesperados por saber qué es del señor Colmillo y los cachorros.

—Eso le corresponde a Arkady. Es su gesta, su gloria.

—De lo más conveniente —el Hijo del Tuétano esbozó una torva sonrisa.

Lo cierto era que toda la manada se preguntaba dónde estaban Arkady y los acogidos. El amanecer, la hora señalada para el rito de Svorenko, había venido y se había ido sin que se tuvieran noticias de ellos. Yuri Pie Zopo había mencionado algo acerca de Liudmila, pero la conversación del bosque no le había parecido lo bastante importante como para relatarla con todo detalle. Al parecer, Sergiy no se había tomado su ausencia a la tremenda. El rito no estaba sujeto a la fase de Luna; los cachorros estarían cazando con Arkady. Regresarían cuando tuviesen que regresar. Durante toda la mañana durante todo el día, Oksana había guardado silencio.

—Quién se habría imaginado que un noble Colmillo Plateado, ante la oportunidad de amasar cualquier tipo de gloria, se abalanzaría sobre ella sin pensárselo dos veces, aunque eso pudiera suponer su condena. Y este Neyizhsalo... he oído por ahí que es de lo más taimado. Rumores. Yo, claro está, no lo conozco tan bien. Me imagino que, de verse pillado en medio de algún tipo de siniestra conspiración, elegiría ponerse al sol que más le calentase.

Oksana escuchaba en silencio. Lo que traslucía allí era algo más que el orgullo de Bily, por mucho que su pomposidad pudiera rivalizar con la de cualquier Colmillo. Empero, su reputación de traidor letal jamás habría llegado a ser lo que era si no dominase las artes de la sutileza. No, quería que Oksana y, por medio de ella, otros Señores de la Sombra, supieran quién era el responsable de la eliminación de Lord Arkady de la Casa de la Luna Creciente. No cabría duda alguna de que el honor acopiado en el seno del sombrío consejo de la tribu recaería sobre Bily, y sobre Eduard Maldice el Sol. Quizá los extraños sospechasen, pero los Señores de la Sombra lo sabrían.

Todo lo que había dicho Vladimir iba encaminado a tal fin, sin dejar de ofrecerle a Oksana la escueta, mínima oportunidad de

negar que estaba al tanto de todo en caso de verse interrogada por Pisa la Mañana o por cualquier otro extraño. No pudo evitar el sentir admiración por la habilidad de Bily. Admiración, no obstante, que hacía bien poco por encumbrar el concepto que tenía de su persona.

—Será mejor que te vayas. —Sus palabras sonaron frías e inequívocas, igual que un klaive que se encajara en el pecho de Bily—. No querrás que te descubran aquí —añadió, velando su desdén, aun a las claras, con la cantidad justa de deferencia. Al igual que las revelaciones del Hijo del Tuétano, sus garfios soterados rayaban, sin cruzarla, la línea del decoro.

Bily sonrió, apreciativo. Anduvo en dirección al cuervo, sin prestarle atención. Rozó el espejo de respaldo de plata del estante y, tras una leve inclinación de cabeza dirigida a Oksana, caminó de lado para entrar en el mundo espiritual, dejando la cabaña tan vacía como si nunca hubiese estado allí.

Capítulo doce



Todo un día de viaje. Puede que aquello fuese cierto, pensó Yaroslav, para quien supiese adónde iba. Así las cosas, el Hermano Sol se había levantado, había ascendido a lo más alto del cielo, había descendido hacia el oeste y, por último, se había echado a dormir... sin que los cuatro Garou hubiesen llegado a mina alguna.

—Nos ha mentido —rezongaba de tanto en cuanto Arne Ruina del Wyrn. *Mentir. Wyrn. Matar.* De tan predecible que era, el acogido de la Camada resultaba incluso tranquilizador.

En cualquier caso, también a Yaroslav le frustraba aquel viaje a ninguna parte. Jamás había afirmado que supiese dónde se encontraba aquella maldita mina, ni siquiera que hubiese estado en ella alguna vez y, a pesar de ello, con cada cadena montañosa superada sin que a sus pies se viera un paisaje arrasado, solado y devastado, sentía cómo las miradas de los demás se clavaban en él con renovada ferocidad... si es que, en el caso de los acogidos, su ferocidad podía aumentar aún más.

Ya bien entrada la tarde, habían llegado a otra aldea. Arkady, como buen alfa, se había mostrado reticente a preguntar por la dirección a seguir, así que le había tocado a Yaroslav el adoptar forma de hombre y hablar con los humanos. Un vecino mayor, encorvado y calzonazos, había asegurado que recordaba una mina de estaño abandonada, aún más al oeste, mientras que su insufrible esposa lo ponía a caer de un burro. Estaba loco, afirmaba la buena mujer. Allí no había mina que buscar y Yaroslav haría bien en volverse por donde había venido. Sin que pudiera decirse que rebosaba confianza, había regresado junto a los demás Garou; éstos le habían culpado de la discusión de pareja, cosa que aún no alcanzaba a explicarse. Ya tendría que estar acostumbrado a viajar en compañía de Colmillos Plateados, se repetía Yaroslav, a ser el perpetuo chivo expiatorio. Apartó aquella idea de la cabeza; después de todo lo acontecido, no le apetecía pensar en chivos.

Además de facilitar el que Yaroslav se hubiese convertido en el blanco de no pocos desdenes e incontables aspersiones, el viaje le dejaba tiempo para reflexionar. Con su potencial muerte y desmembramiento a manos de ostensibles aliados a la espalda y la perspectiva de encontrarse con algún engendro del Wyrn enfrente, Yaroslav sopesaba lo difícil de su situación. Se preguntó qué probabilidades había de que Lord Arkady, alfa del Clan del Pájaro de Fuego a cientos de kilómetros de distancia, hubiera decidido dejarse caer por aquellos lares justo la noche en la que Yaroslav estaba a punto de cumplir con su misión. Se preguntó qué probabilidades había de que Vladimir Bily no conociera el paradero de Arkady cuando el Señor de la Sombra le había ordenado a Yaroslav que siguiera adelante. Las probabilidades, ya de por sí desmesuradas, adquirirían proporciones absurdas cuando uno se paraba a pensar en las que había de que Arkady, aun cuando estuviese de visita en el Clan del Amanecer, fuese a

tropezarse con la cábala de fomori en plena ejecución de actividades acriminadoras.

Yaroslav se había acostumbrado ya a la animosidad de los Garou pertenecientes a otras tribus inferiores, pero le desconcertaba el giro que tomaban sus propios pensamientos: quizá su fracaso no fuese accidental, quizá hubieran decidido tenderle una trampa, *sacrificarlo*. En tal caso, Bily, o algún otro, había juzgado que Yaroslav era dispensable. No esperaban que regresara de aquella misión. Mal augurio, desde luego, para lo que fuese que le deparaba el futuro inmediato.

Quizá, pensó por vez primera, el estar en compañía de dos Colmillos Plateados Ahroun y de un Camada brutal fuese menos fortuito de lo que había podido imaginarse. En cualquier caso, a sabiendas de los límites de sadismo que Bily era tan dado a saltarse, Yaroslav no habría apostado nada a que volvería a ver otro amanecer. No esperaban que regresara.

Todo un día de viaje. Una mina abandonada. Parecía tan sencillo.

—Nos ha mentido —musitó Arne Ruina del Wyrn—. Deberíamos matarlo y regresar.

Mentir. Wyrn. Matar. De tan predecible que era, el acogido de la Camada resultaba incluso tranquilizador.

Capítulo trece



La vela se había derretido hasta formar un pegote encima de la mesa. Oksana, acostada, no se había dado cuenta del momento en el que la mecha se había hundido en la cera y la llama solitaria había parpadeado por última vez. Aun en la oscuridad, un par de ojos rojos reflectores brillaban en medio de la medianoche primordial que era el cuervo.

Oksana no estaba dormida. Pese a no haber descansado la noche anterior a la cacería, ni ninguna de las consecutivas, permanecía despierta, mirando al techo. El tejido de sus sábanas parecía especialmente áspero esa noche y le irritaba la piel. La picazón principal que ahuyentaba el sueño, no obstante, era la de sus propios pensamientos.

Vladimir Bily se había ido hacía horas, pese a lo que su presencia persistía en la cabaña igual que un malestar inconsolable. Oksana había llegado incluso a pisar el reino espiritual a fin de asegurarse de que se había marchado de veras. No había encontrado ni rastro de él. A pesar de ello, el sueño le parecía algo lejano y desconocido.

Oksana no se declaraba admiradora de los Colmillos Plateados en general, ni de Lord Arkady en particular. No lloraría su muerte. Sin embargo, no podía quitarse de encima la idea de que tendría que ser testigo del triunfo de Bily... siempre y cuando su plan se desarrollara según sus previsiones. Otras cuitas, más relevantes que la animosidad personal, pesaban sobre ella. Le debía una cierta cantidad de lealtad a Sergiy Pisa la Mañana y a esta manada. No es que compartiera su utópica y fantástica visión de todos los Garou viviendo en paz y armonía pero, por medio de su servicio a Pisa la Mañana, se sentía más ligada a los Hijos de Gaia que al Clan del Cielo Nocturno. Jugaba a su favor el hecho de que no la reconocieran, que nunca la hubieran reconocido, en público como miembro de aquella manada.

Al parecer, Bily creía que sus «contactos» y él componían la única asamblea sombría importante, o que Oksana se adheriría a sus planes sin rechistar. Quizás asumiera que cualquier miembro de la tribu celebraría la destrucción de Arkady por obra suya. Aquello era lo que el Cuervo de la tormenta le había advertido a Oksana la noche anterior. Su labor consistía en volver la situación a su favor, a favor de sus señores, sin crear un cisma en el seno de los Señores de la Sombra. Cómo lograrlo era lo que se preguntaba... y preguntaba, y seguía preguntándose.

La pregunta que el Hijo del Tuétano había dejado sin responder tras todo su alarde de pomposidad, y que Oksana no conseguía averiguar, era: ¿A qué final había enviado a Arkady y a los acogidos? ¿Cómo podía estar tan seguro de que no iban a regresar?

Retiró las mantas y se enfrentó desnuda al frío de la noche. La oscuridad era su hora... como Garou, como Señor de la Sombra. Captó los ojos rojos del cuervo. Soltó la lazada y el ave se posó

presta sobre la mano que le ofreció; volvió a susurrarle al pájaro espíritu:

—Una cosa más te pido, Cuervo, y después serás libre para seguir tu camino...

El pájaro ladeó la cabeza al sonido de sus instrucciones, como si quisiera expresar su curiosidad. Cuando hubo terminado de hablar, se despegó de la mano, batió las alas y desapareció del plano mundano a escasos centímetros del techo que Oksana había estado estudiando con tanta intensidad.

Capítulo catorce



—No te imaginas la cantidad de asuntos que exigen la atención del margrave —dijo Korda Laszlo. Aquello no pareció disuadir al Garou plantado sobre sus talones.

—Sí que me lo imagino —repuso Gryffyth Espuma del Mar, entusiasmado, como si las palabras de Laszlo acabasen de darle la razón—. He de verle resolver dilemas si quiero componer canciones acerca de su férrea determinación e infalible intelecto.

—¿Acaso ha de romperse el reloj para saber la hora?

—Sí, si es que se quiere observar el genio del relojero!

Laszlo dejó escapar un suspiro. Buscó las palabras adecuadas en la lengua humana inglesa.

—Eres un... pesado, Espuma del Mar.

—Infatigable como las olas, querrás decir. —Gryffyth se mantenía junto a Laszlo, aunque se veía obligado a brincar a un lado cada vez que se cruzaban con un sirviente en los estrechos pasillos de piedra.

—El margrave no puede verte ahora —insistió Laszlo, tras llegar por fin ante una robusta puerta de madera.

—¿Por qué?

—Porque, en estos momentos, no tengo ni la más remota idea de dónde se encuentra.

Gryffyth parpadeó.

—Oh. —Miró por encima de un hombro y luego del otro, como si el margrave pudiera estar escondido detrás de una esquina.

—Iba a salir del túmulo esta noche. Lo mismo ya se ha ido.

—Oh —repitió Gryffyth—. Vaya... ¿podré verlo cuando regrese?

—Haré lo que pueda.

—No se pueden componer canciones grandiosas sin un sujeto orgulloso y gallardo. Seguro que le gustaría que hiciese por él lo mismo que hizo Filo de Puñal por Anatoly Masaryk en el Clan de la Tronera.

Laszlo pensó que sería buena idea darle la razón al Galliard.

—Estoy seguro de que el margrave satisfará tus deseos en cuanto le sea posible.

Gryffyth hubo de conformarse con aquello, aun a regañadientes, y comenzó a desandar el pasillo, muy despacio. Laszlo abrió la puerta de madera y la cruzó para encontrarse con el margrave Konietzko esperando sentado a una amplia mesa de piedra.

—¿Qué es lo que te ha entretenido? —preguntó el margrave, sin atisbo de paciencia.

—Mis disculpas, mi señor margrave. Intentaba zafarme de Gryffyth Espuma del Mar. Planea hacer por vos lo mismo que Filo de Puñal por Anatoly Masaryk. Con que tuviese la mitad de éxito...

—Hmph —bufó Konietzko—. Jamás tendrá la mitad de éxito. He oído las canciones de Espuma del Mar. No posee ni la mitad del talento de Filo de Puñal.

—Aunque así sea —razonó Laszlo—, su buena voluntad podría resultar útil.

—Sólo si sus canciones consiguiesen influir en Hijo del Rayo de Luna y los revoltosos cachorros que lidera.

—A eso me refería, desde luego —convino Laszlo—. Espuma del Mar quiere ver cómo «resolvéis dilemas», a fin de poder cantar acerca de vuestra «férrea determinación e infalible intelecto».

—Cualquiera diría que ya ha escrito las canciones.

—Quizá si le contentásemos obtendríamos jugosos dividendos —sugirió Laszlo—. La obra de Filo de Puñal ha elevado en gran medida el renombre de Anatoly Masaryk en Rusia.

—El que Masaryk alzara la espada contra la Bruja es lo que le ganó renombre, de pleno derecho —espeto Konietzko—. No como ese tres veces condenado Maldice el Sol, que se oculta tras sus muros y se asusta de su propia sombra.

Laszlo hizo una reverencia y se atrevió a aportar un ápice de ironía:

—Vuestro intelecto, como siempre, mi señor margrave, es infalible.

Se produjo un largo e incómodo silencio antes de que Konietzko sonriera. El margrave no solía estar de humor para apreciar ironías.

—Así que supongo que hemos de tomar una férrea determinación —dijo, al tiempo que su sonrisa se tornaba más calculadora—. Los exploradores de Lluvia de Verano informan de un frente de sanguijuelas cinco leguas hacia el norte. Ve a buscar a Espuma del Mar. Partimos dentro de una hora. Será testigo de cómo quemamos a las alimañas. ¿Qué crees que le parecerá la resolución de ese dilema?

—Ya casi puedo escuchar las canciones, mi señor margrave.

Laszlo realizó una nueva reverencia y caminó de espaldas hasta abandonar la estancia.

Capítulo quince



Cuervo planeaba sobre las montañas amortajadas de niebla. Con Luna escondida, incluso sus penetrantes ojos encontraban problemas para distinguir los detalles del paisaje Umbral que se extendía allá abajo. Había poco que ver: una amplia extensión de bosque acogedor, interrumpida aquí y allá por protuberancias rocosas. Ninguna de las cicatrices del Wyrn de las inmediaciones era lo bastante importante como para resultar aparente... al menos no desde aquella altura, ni con aquella pobre luz. Era cerca de una de las cicatrices del Wyrn donde probablemente encontraría a los que buscaba pero, por el momento, Cuervo planeaba y extraía sustento del mundo espiritual.

Había permanecido cautivo durante demasiado tiempo. No es que la gema le hubiese resultado tortuosa o dolorosa, tan sólo constringente. Pero ahora la mujer Garou lo había liberado; sólo tenía que completar otro encargo. Algo curioso, lo que le había perdido... pero qué existencia más fastidiosa debía de ser la suya: siempre ligada al suelo, incapaz de emprender el vuelo. No resultaba extraño que la tarea que le había encomendado fuese igual

de extraña. Un precio pequeño a pagar por la libertad. Quizá cuando Cuervo se cansase de volar regresaría donde esta extraña Garou y le ayudaría un poco más... El graznido de Cuervo resonó como una carcajada entre los árboles y las montañas del fondo. Él nunca se cansaría de volar, de ser libre.

Mientras hilaba su camino en medio de la oscuridad, sus alas atraparon una corriente ascendente y subió, más y más alto. El viento transportaba su cuerpo efímero, pero también lo atravesaba, filtrándose a su propio ser. Tal era el mundo espiritual que le infundía fuerza y vitalidad.

Cuervo siguió subiendo, frenándose en su ascenso, hasta que su impulso se terminó y se detuvo por un brevísimo instante, inmóvil. Luego se lanzó en picado, acelerando, más y más rápido, con el viento atravesándole el pico, los ojos, las plumas. Otro encargo para la mujer Garou y luego, la libertad.

Con el viento chillando a su alrededor, Cuervo traspasó la Celosía que separaba lo espiritual de lo mundano. Sintió una punzada de añoranza, pero no tardaría en regresar a su hábitat natural. Voló raso sobre la copa de los árboles y casi al instante vio lo que buscaba.

El murciélago aleteaba cerca del suelo, a la caza de los insectos que abundaban a lo largo de una hondonada rocosa, en dispersos charcos de agua estancada. Cuervo guardó silencio. Sus contrapartidas mundanas hacían presa en granos de maíz y baratijas relucientes, pero él era una criatura del espíritu; Búho y Halcón le habían enseñado un par de trucos. Con un centelleo de espolones, los puso en práctica. Olió la sangre. Y la libertad.

Capítulo dieciséis



A medida que transcurrían las horas de oscuridad y los cuatro Garou ascendían y se adentraban cada vez más en los Cárpatos, sin que se viera indicio de mina alguna, Yaroslav Ivanovych Neyizhsalo consideraba sus opciones cada vez con mayor frecuencia. Intentó adivinar qué podría ocurrir si es que nunca daban con la mina, lo cual parecía probable; habían seguido un accidentado sendero en dirección oeste desde la aldea donde el anciano amedrentado por su esposa les había indicado. Quizá la vieja arpía estuviese en lo cierto y su marido hubiese perdido la chaveta. Los Garou iban a seguir vagando sin rumbo en medio de las montañas. Esa posibilidad instaba a Yaroslav a imaginarse la probable respuesta de sus «aliados».

La respuesta era de lo más simple, y de lo más inquietante, al menos en lo que atañía a los dos acogidos. Victor Svorenko y Arne Ruina del Wyrn preferirían a reducir a trizas a Yaroslav y regresar a su manada antes que seguir buscando cualquier presunta mina. Por el momento, trotaban por el paso montañoso, lanzándole miradas suspicaces y furiosas a intervalos cada vez menos

espaciados. Se contenían tan sólo por la presencia de Arkady. ¿Durante cuánto tiempo duraría aquello?

Era ésa una pregunta para la que Yaroslav no tenía respuesta. Lord Arkady ocultaba sus pensamientos con la misma habilidad que cualquier Señor de la Sombra. ¿Se estaría cansando de aquella dudosa aventura? ¿Se sobrepondría la impaciencia a su orgullo y a la tentadora idea de destripar criaturas del Wyrm? Y, de ser así, ¿qué ocurriría con Yaroslav?

Podría plantarles cara a los tres y pelear con ellos... aunque lo mismo sería que se cortase él mismo la cabeza, caso de no preferir que lo hicieran ellos y ahorrarse así otra molestia. Yaroslav había sopesado la idea de provocar o aprovecharse de cualquier distracción y desaparecer amparado por la oscuridad, pero los demás estaban en guardia contra tal casualidad y, aunque podría enmascarar su olor y camuflar su rastro, Yaroslav no podía pasar por alto los talentos rastreadores y cazadores (y asesinos) de los dos Colmillos y de la Camada. La situación aún no se había tornado lo bastante desesperada, las probabilidades aún no estaban todas en su contra, como para intentar darse a la fuga. Todavía.

Aun cuando consiguiera escapar y sobrevivir, quedaría pendiente la cuestión de adónde ir: de vuelta con Bily y Maldice el Sol no, eso seguro. El futuro lejano era una perspectiva que, sin un golpe de suerte, quizás Yaroslav no vería.

—Hace ya muchos años que nadie usa este camino —dijo Arkady, tras al menos una hora de silencio.

Yaroslav ya se había dado cuenta de eso (por ejemplo, no había visto evidencia alguna de que aquella ruta hubiese sido transitada jamás por maquinaria pesada ni automóvil de la construcción alguno), pero lo que más le preocupaba en aquellos momentos era el mensaje que subyacía bajo las palabras del Colmillo

Plateado. ¿Habría visto bastante Arkady? ¿Estaría preparado ya para dar la vuelta, para pronunciarse?

—Yo digo que ya es hora de dar esta estúpida empresa por terminada —opinó Svorenko. *Matar*.

Arkady le dedicó una gélida mirada a su primo. El señor Colmillo Plateado no toleraría jamás, ni siquiera mediante implicación, que le llamasen estúpido. Puede que fuese el desliz del joven Svorenko lo que impulsó a Arkady a continuar, pero el caso es que siguieron adelante.

Hermana Luna volvió a ocultar su rostro esa noche. Mañana volvería a observar a las criaturas que se arrastraban por la superficie de Gaia, pero por ahora sólo las estrellas escrutaban entre el adusto ramaje, aún casi desnudo por el invierno. La senda llena de baches, pulida por los arroyuelos plenos en aquella estación, seguía llevándolos hacia arriba, conduciéndolos cada vez más a menudo a escalar empinadas laderas que desembocaban en lomas, apenas un respiro antes de la próxima ladera. Yaroslav se sorprendió más que ninguno cuando, en lo alto de una loma, descubrieron un cruce en estado de abandono, y un letrero.

Los tablones podridos de la señal se caían a trozos, y cualquiera que fuese la pintura que en su día adornara los caracteres cirílicos hacía mucho que se había borrado; pero, tallada en la superficie de lo que restaba del letrero podía leerse una palabra reconocible: *Ólovo*. Estaño. Mina de Estaño Esto y lo Otro, o algo así, habría anunciado la señal en su día, indicando la ruta hacia el remanso de propiedades de una corporación estatal. El que el cartel estuviese escrito en ruso sugería que procedía de la zona soviética, cuando el ucraniano nativo estaba aún mal visto.

Svorenko le explicó lo que quería decir la palabra a Ruina del Wyrn, antes de mirar a uno y otro lado del cruce; la loma

formaba una suave pendiente hacia la izquierda, mientras que a la derecha ascendía veloz y escarpada.

—¿Por dónde? —preguntó.

El cartel debió de indicar la dirección en su día, ya fuese por su forma o mediante alguna inscripción, pero ahora se veía podrido hasta tal punto que resultaba imposible dilucidarlo. Yaroslav estudió los trozos de madera del suelo y se acordó de las virutas que alfombraban la cabaña del anciano, las virutas que habían absorbido la sangre de Liudmila.

—Por aquí —contestó, señalando a la derecha—. Cuando tengas que elegir entre dos caminos, el más abrupto, retorcido y empinado será siempre el correcto.

—Así habla un auténtico Garou —dijo Arkady. Empezaron el ascenso de la colina.

Aquella pendiente era más accidentada que cualquiera de las que hubiesen superado esa noche. El sendero se difuminaba hasta convertirse en poco más que un camino de cabras. Yaroslav supo con toda certeza que ningún vehículo diesel había ascendido jamás por allí; lo más probable es que fuesen recuas de mulas las que ascendieran cargadas de víveres y bajasen de nuevo transportando el mineral. De aquello debía de hacer muchos años. La estrechura no tardó en volverse tan estrecha como empinada y abrupta... traicionera a más no poder. Los Garou andaban tan concentrados en no perder pie que a punto estuvieron de pasar por alto su objetivo. Fue Arne el que les evitó la vergüenza.

—Mirad. Allí —dijo Ruina del Wyrn.

Yaroslav y los demás miraron en la dirección que señalaba. A la derecha del sendero, encajado en un pliegue de la falda de la colina, había un cráter cónico de unos veinte metros de diámetro, con empinadas paredes de tierra y piedra que convergían en el fondo. En aquel punto, parecía que se había cegado con tablones

un pozo central que se adentraba en la montaña pero, al igual que el letrero del cruce anterior, las tablas estaban mohosas y podridas. El pozo negro podía entreverse en medio de las tablas, las hojas amontonadas y la tierra allí apilada.

Las visiones de Yaroslav acerca de un vasto paisaje desolado y deshabitado, de montañas destrozadas como tributo a la estrechez de miras del hombre, resultaban demasiado grandiosas para aquella mina abandonada. Allí alguien, sobre todo gracias al sudor de su frente y a deslomarse trabajando, había intentado saquear las riquezas de Gaia y, o bien había fracasado, o se había rendido. Aún quedaba una leve cicatriz, un cáncer que sanaría con el tiempo; aquello era una herida, sí, un insulto, pero la intrusión humana en aquella región resultaba más patética que dañina. Las frágiles aldeas moribundas de las que los jóvenes humanos huían a la primera ocasión; los campos de las vertientes montañosas otrora labrados y ahora abandonados a su suerte para que los reclamara el Kaos; aquella inane boca de mina... con el tiempo, Gaia se purgaría a sí misma de todo ello.

Pero el anciano había mencionado aquel sitio; había dicho que había convocado a los otros de allí: a Marcus Mano de Madera y a Nicoli el Calvo, ambos cenizas ahora, igual que aquel viejo horrendo. Por tanto, quizás las heridas fuesen más profundas de lo que aparentaban; puede que los Danzantes de la Espiral Negra hubiesen construido una colmena, o que acechase una Perdición bajo la superficie... o nada. El anciano podía haber mentido, o quizás aquel no fuese el lugar.

Yaroslav intentó no pensar en aquella posibilidad. Esperaba encontrar alguna criatura menor del Wyrn que los Colmillos y el de la Camada, inflamados su orgullo y su sangre, pudieran despachar y Yaroslav se convirtiera así en su camarada de victorias.

Si allí no había nada, nada en absoluto, podrían llegar a descargar su agresividad sobre él.

El estrecho camino conducía desde la estribación hasta el extremo más alejado del borde del cráter. Al otro lado de aquel arco del sendero, la montaña se precipitaba hacia abajo. En la ladera opuesta de la boca, la colina se alzaba como una extensión de la pared del cráter. Antes de aproximarse, Arkady se transformó en lobo hombre. Se irguió alto y majestuoso, con su níveo abrigo reluciente a la luz de las estrellas, sanadas ya la mayoría de las quemaduras sufridas la noche anterior. Los demás siguieron su ejemplo. Yaroslav se sintió en inferioridad de condiciones en medio de los tres Ahroun, guerreros natos. Se dispuso a seguir los pasos de Arkady; ni siquiera entonces estaban dispuestos los acogidos a arriesgarse a dejarlo en la retaguardia.

El tufo de la vegetación en descomposición era fuerte alrededor del pozo. Al acercarse, se hicieron aparentes unos toscos escalones excavados en la pared del cráter que conducían al pozo. Yaroslav echó mano del puñal que pendía de su cinto. Svorenko, tras él, desenvainó su klaive. A lo mejor aquella era una colmena de los Danzantes, pensó Yaroslav. Una colmena pequeña, deseó, coser y cantar para los brutos de sus compañeros. No era la forma en la que habría elegido pasar la noche pero, quizá, si se mantenía cerca de los demás y no llamaba la atención...

Los escalones se encontraban en la cara más alejada del cráter, al final del sendero que serpenteaba por el exterior del borde, pero Arkady se detuvo en seco al llegar a la pared más próxima, obligando a los otros a hacer lo mismo.

—¿Qué es esto? —musitó para sí el señor Colmillo Plateado.

Yaroslav, a falta de algunos centímetros para poder mirar por encima del hombro de la gran bestia blanca, asomó la cabeza por

un costado. Vio algo curioso despanzurrado en medio del camino: el peludo cadáver de un murciélago, con las alas extendidas e ilesas... pero con la cabeza separada casi por completo del cuerpo. La sangre fresca formaba un charco en el camino, bajo y alrededor de los restos.

—¿Qué ocurre? —gruñó Ruina del Wyrm, molesto porque los que estaban delante se hubiesen parado sin avisar.

Arkady, siempre alerta, se mostraba ahora hipersensible. Echó mano de la empuñadura de su gran klaive.

—Esto no me gusta. Eso no tendría que estar ahí. Algo va... mal. Atrás —ordenó—. Fuera del camino. Ya.

Fue en ese momento cuando la tierra entró en erupción. Una gigantesca sombra sólida surgió del pozo para encapotar los cielos. Seguía acercándose, creciendo, como una columna de carne y dientes... hasta que se cernió sobre los Garou. Los cuatro intentaron replegarse sin entorpecerse entre sí, pero no había tiempo. Pese a su enorme tamaño, la bestia era también veloz. Un grueso tentáculo como un gusano se extendió desde el pozo y, rematado con una mandíbula inmensa y afilados colmillos aserrados, atacó.

Aterrizó a un metro más allá del murciélago, chafando al diminuto cadáver. La mismísima montaña se estremeció con el impacto. Yaroslav y los otros Garou perdieron el equilibrio y la tormenta de polvo y cascajos que se levantó los cegó; de haber avanzado unos pocos pasos más, habrían quedado tan aplastados como el desgraciado murciélago, o habrían salido volando lejos del borde, al abismo de la montaña. De donde quiera que hubiese salido aquel murciélago, su mala suerte los había salvado.

Arkady fue el primero en recuperarse. Volvió a incorporarse y atacó a la bestia con su klaive, una y otra vez, y otra, con

poderosos mandobles. Algunos se hincaron en la espesa carne segmentada; otros rebotaron sin causar daño.

Ruina del Wyrm y Svorenko tardaron apenas algunos segundos más en unirse a la refriega. No quedaba sitio para un segundo combatiente en el sendero junto a Arkady, así que el joven Colmillo y el de la Camada dieron un amplio rodeo en distintas direcciones. Arne, rugiendo su ira y sed de sangre ante la batalla, saltó a su izquierda. Pareció que apenas hubiese tocado el acantilado que se erguía sobre el cráter cuando rebotó para aterrizar a horcajadas sobre el Wyrm del Trueno. Con un relampaguear de garras, se hundió hasta los codos en sangre y vísceras.

Svorenko se había encaminado despacio hacia la derecha, donde el suelo caía en picado. Se aprovechó de los árboles enanos que se aferraban tenaces a la falda de la colina, asiendo sus troncos nudosos con las garras de los pies y manos, hasta que se encontró lo bastante cerca como para hundir su klaive en el pellejo de la bestia del Wyrm.

La respuesta de Yaroslav fue más comedida. Puñal en mano, se mantuvo detrás de Arkady a la espera de una apertura, el Colmillo Plateado atacaba cada vez que se le presentaba una oportunidad. Por tanto, Yaroslav se limitó a observar; estudió a la bestia en medio de la lucha desatada. Había escuchado historias de los Wyrms del Trueno, pero nunca había visto ninguno; situación que habría preferido conservar. Vio que la criatura no carecía de cierta capacidad de raciocinio. Puede que fuese puro instinto, pero las fintas y envites de sus garras sugerían estrategia. No conseguía morder a Arkady con las cavernosas fauces que podrían haberlo partido en dos, pero las embestidas del monstruo alteraban los ataques del Garou y lo agotaban. Llegado un momento, cuando Arkady esquivaba los dientes letales, el corpachón del Wyrm del Trueno lo golpeó, magullándolo visiblemente. Otro

golpe volvió a hacerle perder el equilibrio y el Colmillo hubo de rodar a un lado un instante antes de que las mandíbulas de la criatura se cerraran con un chasquido, tragándose la tierra que antes había ocupado Arkady.

En medio del caos, el polvo y la sangre, Yaroslav buscó un punto débil, una forma de derrotar a la bestia... sin que pudiera ver ninguna. No a base de músculos. Se apresuró a escrutar lo que pudo del cráter, la senda, la ladera...

Una avalancha! ¿Habría suficientes rocas y cascotes sueltos por encima del foso? Aunque aquello enterraría también a los Garou. Yaroslav se detuvo a sopesar aquella idea... No, tendría que asegurarse de matar a los tres si es que mataba a alguno. De no ser así, más le valdría meter el rabo entre las piernas y echar a correr ahora mismo... un pensamiento tentador pero, si sobrevivía alguno de los Garou, lo más probable es que le dieran caza. Francamente, enfrentarse a una indestructible bestia del Wym le parecía mejor opción.

Ya no tanto un momento después. El klaive de Arkady se hundió a gran profundidad en la carne del monstruo cuando su boca pasó rozándolo... pero la hoja golpeó la base de un diente y se quedó incrustada. En lugar de renunciar a su klaive, Arkady se vio arrastrado. El Wym del Trueno, presa del dolor (o puede que de forma intencionada), giró la cabeza en dirección contraria y Arkady salió despedido. Su hoja se liberó y fue con él. Consiguió aterrizar con gracia... pero a treinta metros de distancia.

Yaroslav se vio frente a frente con el Wym. Por un momento, las fauces se cernieron sobre él, como si la criatura poseyera ojos con los que pudiera ver desde el fondo de su garganta. Lo único que sintió Yaroslav fue el abrumador hedor a putrefacción que llovió sobre él. Ante su falta de opciones, atacó con su puñal...

... Y cortó el aire. La cabeza se apartó de él. Hasta ese momento, la bestia había ignorado a los acogidos y los numerosos golpes que estaban descargando sobre ella. Lejos Arkady y su centelleante hoja de plata, el Wyrm del Trueno se volvió hacia ellos. Encorvó una porción de su corpachón, varios segmentos, que fueron a aplastar a Svorenko en el momento en el que éste se disponía a apuñalar la lechosa porción de carne que tenía ante sí. El golpe ensordecedor lo envió trastabillando hacia atrás, inconsciente, montaña abajo.

Casi al mismo tiempo, la bestia del Wyrm se plegó sobre sí misma para atrapar a Arne entre sus fauces. Rugió de dolor cuando el monstruo lo elevó por los aires, y luego mientras caía... faltó de un brazo y gran parte del torso. Ruina del Wyrm aterrizó a plomo. Gruñó y se estremeció presa de los espasmos mientras su sangre humeante fluía libre y empapaba la tierra.

La rabia de Yaroslav comenzó a teñir su vista de rojo. Pese a las insistentes amenazas que profiriera Arne contra él, el estómago del Señor de la Sombra se contrajo ante la visión de un Garou ultrajado de aquel modo. Cuando la sangre vital de Ruina del Wyrm se vertió sobre las hojas y el polvo, la de Yaroslav comenzó a hervir. Cargó y hundió su puñal en la carne del Wyrm. El golpe no fue tan profundo como los que habían descargado los demás, pero el Wyrm del Trueno reaccionó. Lanzó su inmenso cuerpo hacia abajo con la intención de aplastar a Yaroslav... pero éste ya se había hecho a un lado de un salto y atacaba de nuevo. La criatura rodó para apresarlo bajo su mole. Yaroslav era demasiado rápido. Se zafó de nuevo y trazó un arco con su puñal, una, dos veces.

Ahora era la boca de la bestia la que lo buscaba. Yaroslav se tiró al suelo. Sintió el viento que levantaron los colmillos al pasar,

olió a podrido. La sangre corría entre los dientes del monstruo... la sangre de Arne Ruina del Wyrn.

Yaroslav sintió cómo la rabia se apoderaba de él e impulsaba todos sus ataques. Al tiempo que tajaba y esquivaba, procuró controlar su furia. No podría derrotar a aquella bestia del Wyrn con sus propias manos. Si había de ser destruida, él tendría que sobrevivir para alertar a los otros. Sucumbir a la rabia ciega no conseguiría más que añadir su propia sangre a la de Ruina del Wyrn.

Cuando el instinto comenzó a dar paso al intelecto, Yaroslav se maldijo por haber atacado al Wyrn del Trueno. ¿Por qué lo había hecho?, se preguntó. ¿Porque un Camada suicida al que no le habría importado cortarle la cabeza obtuvo lo que buscaba? De improviso, Yaroslav se preguntó también dónde estaría Arkady. ¿Acaso el poderoso Colmillo Plateado había dado media vuelta y echado a correr?

Al tiempo que se apartaba de la senda de destrucción que araron las fauces del Wyrn del Trueno en la tierra antes de cerrar la boca, Yaroslav arriesgó un rápido vistazo alrededor. Había visto que Arkady aterrizaba y se ponía en pie. ¿Qué habría ocurrido con...?

Allí. Allí estaba Lord Arkady. Pero no avanzaba, ni se preparaba para atacar. En vez de eso, permanecía de pie con el klaive en alto por encima de su cabeza y los ojos *cerrados*. Yaroslav estaba tan atónito que tardó en apartarse del siguiente asalto del Wyrn del Trueno. Los dientes ensangrentados fallaron por poco y se cerraron a centímetros de su hombro, pero, cuando la bestia se revolvió, su cuerpo segmentado atrapó la pierna de Yaroslav y se enroscó en ella. Éste gimió de agonía cuando la carne y el hueso cedieron bajo la presión de las toneladas de la bestia del Wyrn.

El impulso de la criatura la obligó a pasar de largo, pero el daño ya estaba hecho. Yaroslav yacía postrado boca abajo ante

ella, incapaz de esquivar. Arkady seguía sin atacar. Yaroslav se aferró a su puñal, dispuesto a intentar un último gesto fútil cuando el Wyrm descargase el golpe de gracia. Vio a Svorenko trepando por el cráter, maltrecho y ensangrentado, de regreso hacia el borde. El joven Colmillo disfrutaría asistiendo a su ejecución, pensó Yaroslav, sombrío.

Entonces ocurrió lo inexplicable: Nada.

Nada de golpes de gracia. La bestia no hincó sus temibles dientes en Yaroslav para partirlo en dos. No rodó hacia delante para reducirlo a pulpa. Su testa permanecía erguida, esperando, pero sin hacer... *nada*.

Yaroslav no se lo explicaba. A juzgar por la expresión de Svorenko, dedujo que el Colmillo Plateado estaba igual de asombrado. Atónito o no, Yaroslav no pensaba quedarse esperando a que el Wyrm volviera en sí. Reptó de espaldas como bien pudo, tirando de su pierna mutilada. Cada movimiento suponía una agonía cegadora, pero la alternativa era una muerte segura y, a pesar del dolor, Yaroslav podía sentir cómo el hueso fracturado rejuvenecía y comenzaba a soldarse.

Se arrastró hacia Arne Ruina del Wyrm. Los ojos del de la Camada estaban abiertos, pero miraban al vacío. La sangre había dejado de manar a borbotones de la aserrada apertura del costado y el hombro, y ahora goteaba despacio, ajena a todo. Con cada momento que transcurría, Yaroslav esperaba que el Wyrm del Trueno reanudara su ataque, que se abalanzara sobre él, o sobre Svorenko, o sobre Arkady.

Pero la bestia no atacó. Mantuvo su precario equilibrio, con las fauces en alto, la cola inmersa en la boca de la mina. En algún momento, Yaroslav se percató de que Svorenko, sin que su pasmo hubiese remitido en absoluto, no estaba mirando al Wyrm sino

que, con el klaive laso a su costado, miraba a Arkady con la boca abierta. Yaroslav siguió la dirección de los ojos del joven Colmillo.

Lord Arkady, al igual que la bestia del Wyrm, mantenía su postura anterior: el klaive por encima de la cabeza, los pies separados, los ojos cerrados. Pero algo había cambiado. El níveo pelaje de Arkady resplandecía, no con su acostumbrado blanco es-telar, sino rojo... rojo como el fuego, rojo como la sangre. El nimbo flamante envolvía todo su cuerpo, parecía que irradiara de él, y también de su klaive. Abrió los ojos, despacio. Pese a la iluminación que proyectaba, sus pupilas se encontraban dilatadas al máximo, sus ojos abiertos de par en par y negros, llenos de ira. Su mirada recordaba a algo que no era de este mundo, a algo místico, extático y agónico al mismo tiempo.

Yaroslav hubo de retroceder ante aquella mirada, dando gracias porque no estuviese dirigida a él. Arkady miraba con ojos de fuego frío al Wyrm del Trueno. Aún con el klaive en alto en una mano, bajó la otra, despacio, con la palma hacia abajo. Ante los atónitos ojos de Yaroslav, el cuerpo del monstruo se encorvó e inclinó. Primero humilló la cabeza, luego todo el cuerpo, hasta yacer postrado en el suelo. Allí, bajo la luz de las estrellas y el pavoroso fulgor de Lord Arkady, la bestia del Wyrm rindió pleitesía al Colmillo Plateado.

Si Luna se cayera del cielo Yaroslav no habría podido sorprenderse más. Cortar en pedazos a una de aquellas bestias horrendas era una cosa, pero, domar a una criatura del Wyrm...

—¿Qué clase de magia es ésta? —preguntó Victor Svorenko. Comenzó a rodear el borde del cráter con cautela, desconfiado, alrededor de la suplicante bestia del Wyrm—. ¿Primo Arkady?

El veterano Colmillo avanzó. Bajó su klaive y señaló a la criatura. El descomunal Wyrm del Trueno se estremeció en su presencia.

—En nuestro interior habita una voz —dijo Arkady. Sus palabras sonaban amplificadas por el nimbo flamante que lo envolvía—. Una sola palabra bastará para que toda la creación obedezca.

Si hubiese podido apartar la vista, a Yaroslav no le habría importado huir amparado por la noche. Movi6 la pierna: La soldadura continuaba, pero no habr3a soportado su propio peso. En las inmediaciones, Arkady irradiaba poder sobre la bestia igual que Hermano Sol irradiaba calor, aunque hab3a algo en aquella visi6n sobrecogedora que llenaba de miedo a Yaroslav. No era el 6nico que recelaba.

—No creo que est6... bien —dijo Svorenko, obstinado aun frente a la gloria de su primo—. No es natural.

El semblante de Arkady brill6 a6n m3s. Un rel6mpago de c6lera le ilumin6 el rostro. Fulmin6 a Svorenko con la mirada y rugi6:

—**Si** eres as3 de d6bil y est3s tan convencido, vete! Cre3 que ten3as m3s agallas. Ya veo que me equivocaba.

Yaroslav no pudo sino admirar el modo en el que Svorenko le volvi6 la espalda a la impresionante estampa del Garou en llamas y al espect6culo de la servil bestia del Wyrm.

—¿Puedes andar? —le pregunt6 el se6orito de los Colmillos a Yaroslav.

6ste volvi6 a mover la pierna.

—Creo que s3. —Cualquier dolor ser3a mejor que permanecer all3.

—El Wyrm no ha terminado de practicar sus sucios ardidés en este sitio —musit6 Svorenko. Iz6 el cuerpo inerte de Arne Ruina del Wyrm y se lo ech6 al hombro.

Parec3a que Arkady se hubiese olvidado de ellos. Svorenko y Yaroslav emprendieron la retirada, el uno a largas zancadas y el

otro, renqueando. La última vez que Yaroslav vio al señor Colmillo Plateado, éste había envainado su klaive y, aún así, el Wym del Trueno temblaba ante él.

Yaroslav y Svorenko doblaron un recodo y el cráter desapareció de su vista. El Señor de la Sombra exhaló un suspiro de alivio. Svorenko no dijo nada; parecía completamente ajeno a su acompañante. Minutos después, cuando la pierna de Yaroslav se hubo recuperado por completo, abandonó el sendero, y al señorito de los Colmillos, para adentrarse en las sombras del bosque.

Capítulo diecisiete



El silencio que irradiaba del manantial cubría toda la pradera. Incluso las hojas del sauce gigante permanecían mudas e inmóviles. Todo el túmulo y toda la manada presentían el estado de ánimo de Pisa la Mañana. De todos los Garou y miembros de la Parentela, nadie era más consciente de la frustración del venerable anciano que Oksana Yahnivna Maslov, la única que se encontraba sentada junto a él sobre las raíces del sauce, bajo el techado de ramas sobrecogidas.

Sergiy acercó el cuenco de barro a los labios, aunque el agua helada hizo bien poco por animarlo.

—La muerte no es más que una parte de la vida —dijo, sacudiendo la cabeza—, pero el cachorro estaba a nuestro cuidado. Era un acogido. —El recipiente parecía extraordinariamente pequeño en sus robustas manos. Su rubia melena se derramaba enmarañada sobre sus hombros, sus fuertes brazos se veían tensos, como si pudiera traer de vuelta a Arne Ruina del Wyrn por medio de la fuerza de su cuerpo. El venerable anciano se

cubría los hombros con una piel de oso; una hilera de colmillos y garras del mismo animal le adornaba el torso.

Oksana no dijo nada. A su juicio, no era consejo sino compañía lo que buscaba Pisa la Mañana, y ella era la elegida; ninguno de sus hermanos de manada parecía dispuesto a enfrentarse a él en su melancolía.

—De haber muerto entre los Camada, habrían celebrado el nacimiento de un héroe. Pero haber fallecido entre extraños antes de su quinto año desde el cambio... habrá conflictos.

Oksana, la vista clavada en las límpidas y plácidas aguas del manantial, no pudo objetar nada. La Camada, feroz en la batalla, no era de las que entraban en razón con facilidad. La muerte de Ruina del Wyrn sería, sin duda alguna, fuente de «conflictos», por utilizar las palabras de Sergiy.

—¿Te crees el relato del joven Colmillo? —quiso saber el anciano—. ¿Te han contado algo los Cuervos de la tormenta que puedan poner su palabra en duda?

Oksana consiguió no envararse. Aquella era la primera vez que Pisa la Mañana mencionaba a los pájaros espíritu. Se recordó que no incurría en ninguna falta por enviar y recibir mensajeros ajenos a la manada. Pero ¿era lo que parecía la pregunta de Sergiy, o indicaba algo más: desconfianza, recelo?

—¿Que si dudo que Lord Arkady doblegase a un esclavo del Wyrn, que éste se inclinase ante él? ¿Por qué iba a mentir Svorenko acerca de su propio primo, un noble señor de los Colmillos?

—No, mentir no. ¿Equivocarse?

—Cabe la posibilidad.

—Mencionó a un miembro de tu tribu.

—Sí. —Oksana sabía que una serie de preguntas bien escogidas la conducirían a territorio peligroso, gracias a ese condenado de

Bily—. Así es. Un tal Yaroslav Ivanovych Neyizhsalo. Me suena el nombre, pero no lo conozco. —Todo eso era cierto, se recordó. Todo verdad—. A juzgar por las palabras de Svorenko, Neyizhsalo planeaba alertar a la manada de este pozo del Wym, antes de la intervención de Arkady.

—Eso es lo que dice Svorenko.

—Ojalá Arkady hubiese traído de vuelta a los acogidos... —sugirió Oksana, con tono razonable.

—Ojalá... —repitió Sergiy, con un apesadumbrado zangoloteo de cabeza—. Pero ahora surgirán los conflictos. —Inhaló una honda bocanada—. Esta noche cogeré a diez guerreros fuertes. Nos ocuparemos de este pozo del Wym. Puede que también encontremos señales de Lord Arkady.

Puede que sí, pensó Oksana.

—Después de la próxima luna llena, cuando se hayan ejecutado los ritos, te llevarás el cuerpo de Ruina del Wym de regreso a su manada. Supongo que te traerás de vuelta a nuestro acogido. No creo que la Camada esté dispuesta a continuar con el intercambio.

—Me siento... responsable, Sergiy. —Oksana dejó que la emoción, genuina, transpirase para pulir los bordes de sus verdades a medias—. Lo del intercambio de acogidos fue idea mía...

—Calla, calla, mi Oksana Yahnivna. —Pisa la Mañana posó su enorme manaza contra la mejilla de la mujer, con suprema delicadeza—. ¿Cómo ibas tú a saberlo? —Sus palabras y la profundidad de su aflicción zaherían a Oksana, impeliéndola a contar toda la verdad que conocía, pero se mantuvo firme—. Ah, puede que todavía salga algo bueno de esta tragedia —suspiró, lejos de sonar convencido.

—Debemos estar seguros de que así será —repuso Oksana, antes de apoyar su mano sobre la del venerable anciano.

Capítulo dieciocho



No había vuelta de hoja: La maldita tonada se le había metido en la cabeza a Korda Laszlo. Por tercera vez aquel día, creyó que se había librado de ella, y por tercera vez se vio tarareándola de nuevo. Los versos en sí eran inocuos a más no poder, si bien algo forzados en la rima, pero el estribillo... el estribillo era pegadizo, increíble y fastidiosamente pegadizo: *Allá donde va Konietzko/allí es donde voy yo...* Blah, blah, blah, blah, blah... *Señor del Cielo Nocturno/siempre junto a él, aunque se acabe el mundo.*

El margrave preferiría que lo desollasen vivo antes de admitirlo, pero Laszlo le había oído tararear la canción la noche anterior. Quizás Gryffyth Espuma del Mar se hubiese asegurado el puesto. El tiempo lo diría.

Por el momento, Laszlo esperaba que los asuntos oficiales le mantuviesen ocupado y alejaran la canción de su mente. Ya hacía más de una hora que la mujer esperaba, sola en la cámara de audiencias. Le había echado algún que otro vistazo, a hurtadillas, durante ese tiempo. Claro está que sí que había encargos legítimos que había tenido que atender, aunque nimios, a tenor de la

verdad; podría haberlos postergado sin ningún problema y haberse ocupado de ella con mayor presteza. Pero había cierto mérito en el hecho de distribuir las prioridades, en decidir para quién era más precioso el tiempo. Una vez conseguido eso, Laszlo estaba dispuesto a hablar con ella.

Era tan grácil y adorable como la recordaba; su melena azabache no vería una cana hasta dentro de muchos años. Laszlo le ofreció la mano cuando la mujer se levantó de su asiento junto al brasero.

—Cómo me alegro de que hayas llegado sana y salva, Oksana Yahnivna Maslov —la saludó, cortés, en ucraniano.

Ella le apretó las manos e inclinó la cabeza.

—Vuestra hospitalidad me honra, Korda Laszlo.

—Os merecéis todo el honor. —Con un gesto, le indicó que podía volver a sentarse—. He escuchado, durante el transcurso de la noche pasada, numerosas noticias entre susurros concernientes a vuestra manada, y a otras personas procedentes de Rusia: que Lord Arkady ha desaparecido, levantando a su paso nuevos rumores acerca de la mancha del Wyrn; que su sangre, su propio primo, se alza para acusarlo; que la reticente Reina Tamara de los Colmillos no podrá hacer oídos sordos en esta ocasión.

—Eso he oído. Es una suerte que vuestro Cuervo de la tormenta me trajera nuevas del Hijo del Tuétano y su subordinado. Bily me buscó, tal y como sospechabais.

Laszlo aceptó los halagos con gracia; jactarse no entrañaba más que peligros. No osó mencionar al informante entre los húmedos y malsanos muros de Eduard Maldice el Sol en el Clan del Cielo Encapotado; era mucho mejor que cada eslabón de la asamblea sombría supiera lo menos posible acerca de los demás.

—Insisto, os merecéis todo el honor, Oksana Yahnivna. Me limité a alertaros. Fuisteis vos la que consiguió darle la vuelta al

plan de Bily y Maldice el Sol en nuestro provecho. Comprendo sus deseos por ver muerto a Arkady, pero cuánto más útil resulta vivo: los rumores de la mancha del Wyrm en el seno de los Colmillos, la Reina Tamara blanco de críticas tanto si actúa en su contra como si no, y también tenemos la reacción de la Casa del Ojo Refulgente a considerar en medio de todo esto.

—Fue más de lo que podíamos esperar —añadió Oksana, solenne— el que, tras recibir mi aviso, Arkady exhibiese lo que bien podría ser mancha del Wyrm al enfrentarse a esa bestia.

—¿Qué ha sido del Wyrm del Trueno? Tengo entendido que a Pisa la Mañana no le hacía demasiada gracia que estuviese tan relativamente cerca del túmulo.

—Eso le disgustaba, y también el hecho de que los fomori de la aldea pareciesen de los que prefieren acogerse a una Perdición antes que a un Wyrm del Trueno. Puede que invocaran al Wyrm del Trueno como parte de su trampa, pero eso nadie lo sabe. Pisa la Mañana se molestó por la muerte de un acogido a su cuidado, y por la de una dulce jovencita... —Oksana enumeraba con voz queda las desdichas del líder de la manada.

Laszlo la observaba con atención. Pensó que tal vez estuviese implicándose demasiado con Pisa la Mañana. Eso era, al fin y al cabo, por lo que la había hecho venir: para evaluar si estaba en condiciones de continuar como agente dentro del Clan del Alba. Los mensajeros podían dar cuenta de lo que allí aconteciera sin ninguna complicación, pero la disposición y la mentalización... eso ya era más delicado. Pisa la Mañana sabía granjearse la confianza y la lealtad de una persona, incluso en contra de su propia voluntad. Quizá hubiese que apartar a Oksana y poner a otro en su lugar. Mientras la mujer relataba a Laszlo lo que ocurría al este de las montañas, éste pudo ver que, cuanto menos, Oksana admiraba a Pisa la Mañana.

—Ya veo. ¿Y qué hay del pozo del Wyrm? —preguntó, impaciente. Le preocupaban las implicaciones, no los detalles ni los sentimentalismos.

—Se llevó algunos guerreros la noche siguiente, pero no encontraron ni rastro del Wyrm del Trueno, ni de la Perdición, ni de Arkady. —Así pues, Pisa la Mañana purificó la tierra.

—Sí. No estuve presente, pero me han contado historias. Los Galliard dijeron que permaneció sentado en aquel lugar durante tres días y tres noches, ayunando, meditando y comulgando con los espíritus. Cuentan que, al amanecer siguiente, se irguió y se abrió una herida en la muñeca. Su sangre fluyó al interior del pozo y, casi al instante, manó agua de la tierra. Dicen que era Gaia que lloraba por su dolor. Dicen que Pisa la Mañana no descubre túmulos, sino que los crea, como hizo estando con el Clan del Alba.

—Un don asombroso —convino Laszlo, con admiración—, que nos podría resultar muy útil. —Hizo una pausa para reconsiderar su idea de apartar a Oksana del Clan del Alba. Sergiy Pisa la Mañana iba a tener mucho peso en la revitalización de la Europa del Este, en la reclamación de la región para los Garou. De verse inclinado a favor de los Señores de la Sombra, podría convertirse en un poderoso aliado en la búsqueda de una Nación Garou unificada. Quizá, pese a su potencial lazo afectivo, *a causa* de ese lazo, Oksana pudiera ser la agente perfecta para quedarse allí, en vez de ser reemplazada. La única complicación sería tener que ocultarle los pormenores de las circunstancias cuando fuese necesario... a fin de asegurarse que actuaba en interés de la tribu. Sus vínculos la volverían predecible, y esa cualidad le daría a Laszlo el control sobre ella.

—Ah. —Se dio cuenta de que la mujer lo estaba observando, pensando quizá que seguía absorto en la majestad del don

purificador de Pisa la Mañana—. ¿Qué os espera a vuestro regreso al este de las montañas?

—Un acogido muerto —repuso Oksana, sombría— y una excursión al Clan de la Forja del Klaive.

Laszlo chasqueó la lengua.

—La Camada no se va a tomar bien su pérdida.

Oksana negó con la cabeza.

—Supongo que no.

—En fin, cuídate... y vigila tu espalda. No se sabe lo que esa tribu de brutos y asesinos podría intentar. Carecen de nuestro refinamiento.

Laszlo se incorporó y ya se disponía a marcharse cuando se dio cuenta de que la mujer permanecía sentada, expectante.

—¿Hay algo más? Oksana pareció que no encontraba las palabras adecuadas. Paseó la mirada por la cámara de audiencias.

—¿El margrave...?

—En estos momentos, ocupado. Demasiado como para otorgar audiencia. Además, dado que son pocas las personas que conocen vuestra conexión con esta manada, no parecería propio que os vierais con él en persona. El que hayáis venido aquí ya es riesgo suficiente.

—Lo entiendo.

—Sí... así que, de acuerdo. Por favor, aseguraos de utilizar el pasadizo por el que entrasteis. Es mucho menos... *público* que otros.

—Como vos deseáis. —Oksana se puso en pie y realizó una reverencia formal—. Que Hermana Luna vele por vos, y Madre Gaia os acoja en su abrazo, Korda Laszlo.

—Que sus bendiciones se derramen como el agua sobre vos.

Tras una seca inclinación, Laszlo dio media vuelta y se dispuso a solventar otros asuntos urgentes. No se dio cuenta, hasta mucho después, de que iba canturreando para sí.

Capítulo diecinueve



Oksana no se marchó enseguida de la fortaleza sita bajo la montaña. Hacía muchos años que no visitaba el Clan del Cielo Nocturno. Desde que era una moza, y Boris el Atronador ostentaba el liderazgo. Esa noche, había estudiado absorta el tapiz de la cámara de audiencias durante el tiempo que Korda Laszlo la había hecho esperar. El Atronador, uno de los personajes más importantes de los Señores de la Sombra, había ejercido de beta para un Colmillo Plateado, Corazón de Furia, antes de apoderarse del túmulo para los Señores y regresar al suyo para proclamarse alfa. Seguro que Laszlo, con todos sus aires de superioridad, conocía la historia.

Los ecos del pasado se unieron a los de las pisadas de Oksana a medida que proseguía su camino con paso firme hacia los aposentos privados. Sus primeros recuerdos incluían aquellos pasillos de piedra, antes de que su madre y ella hubiesen sido expulsadas para formar parte del mundo de los humanos... el susurrado mundo de la Parentela. A menudo, escuchaba voces por la noche, visitantes invisibles que hablaban con su madre... y los

pájaros. En más de una ocasión, Oksana se había despertado aterrorizada en mitad de la noche por el repiquetear de unas alas contra las ventanas de su hogar, de unos espolones que arañaban la repisa. Su madre siempre la había recriminado por ser una cría paranoica y llorona, antes de enviarla de nuevo a la cama.

Pero, por la mañana, Oksana descubría las plumas. Fuera, bajo las ventanas. Plumas de cuervo, negras como una noche sin luna. Las había recopilado y tejido entre sí. No fue hasta años más tarde cuando descubrió el poder de aquel fetiche de su niñez.

Tras elegir su ruta con cuidado, se detuvo frente a una sólida puerta de madera. Las indicaciones que había seguido eran exactas. El Cuervo de la tormenta de Laszlo no era el único pájaro espíritu que la visitaba. Hizo una pausa para estudiar las fibras de la puerta. Pensó que resultaba extraño que la hubiesen hecho venir tras tantos años de exilio. Incluso después de su primer cambio la habían enviado a otra manada para aprender las costumbres de los Garou, ahora vagos recuerdos de sus años de juventud. Los Cuervos de la tormenta no tardaron en visitarla a ella en vez de a su madre, que pareció quedar abandonada, olvidada, una vez su hijita se hubo marchado. La mujer se había aventado, en alma ya que no en cuerpo, hasta que no quedó de ella más que el cascarón de una persona. Lo más probable es que ya hubiese fallecido desde aquel entonces. Oksana no lo sabía. Su madre no era Garou del todo.

Golpeó la puerta con los nudillos, con suavidad y firmeza a la vez. Escuchó pasos al otro lado, antes de que se abriera. El margrave Konietzko la hizo pasar.

Se había encontrado con él en dos veces anteriores, siempre de forma clandestina. Seguía siendo tan alto y musculoso como lo recordaba. Oksana albergaba la esperanza de verlo algún día en la batalla, con sus poderosos brazos blandiendo su inmensa espada

como la cólera de Abuelo Trueno, las robustas piernas abrazadas a Madre Gaia para resistir el asalto de las legiones de engendros del Wyrn. La melena y la barba plateadas del margrave se veían aseadas, pero sin ostentación.

Cerró la puerta y la estudió. La mirada de acero de sus ojos negros no tenía nada de suave ni de sentimental.

—Oksana —saludó. Sólo en su voz se apreciaba un levísimo atisbo del esfuerzo que le costaba pronunciar su nombre—. Me alegro... —pausa, comenzó de nuevo—. Los informes que he recibido de tus actividades son esperanzadores.

Oksana realizó una reverencia. Intentó mantener la mirada baja en actitud deferente, pero sus ojos se veían irresistiblemente atraídos hacia arriba, hacia su sólido torso, el balanceo de su lustroso cabello, sus rasgos marcados y aquellos ojos distantes. Optó por mirar hacia otro lado, hacia el espartano mobiliario de la estancia: unas cuantas sillas de madera, una mesilla, un duro catre con una única piel por todo cubrecama. No era aquella una habitación pensada para una familia; no era una vivienda, sino un lugar de paso, un breve respiro de la guerra, las luchas y la violencia encarnizada.

—Vuestras sospechas y las de Laszlo acerca de Maldice el Sol han demostrado no ser infundadas —dijo, por fin. La frase parecía fuera de lugar, aunque en realidad era ella la que estaba fuera de lugar. Ni ella ni el margrave parecían capaces de hablar de otra cosa que no fueran asuntos de la tribu.

Konietzko ganó algo de confianza.

—Sí. Tendremos que ocuparnos de él. Su descarado oportunismo y el hedor a mancha del Wyrn que desprende su guarida socavan todo lo que construimos. Es poco mejor que los Colmillos.

—Al parecer, los Colmillos cargan con su propia mancha —comentó Oksana. Aquello era todo cuanto podía decir; conocía el funcionamiento de aquellos círculos políticos: Puede que el margrave hubiese recibido noticias «esperanzadoras» de sus actividades, pero no conocería, ni querría conocer, los detalles de cómo había desbaratado la conspiración de Bily con una propia, cómo era la responsable de la muerte de un valeroso acogido. La asamblea sombría era el terreno de Laszlo; el margrave sólo veía los resultados: que Arkady estaba corrupto, que Maldice el Sol suponía una amenaza porque, al contrario que Laszlo y Oksana, exhibía sus traiciones a las claras. Los Garou de otras tribus desconfiaban o renegaban del alfa del Clan del Cielo Encapotado, al tiempo que respetaban y honraban cada vez más a Konietzko. El margrave, cabeza de los Señores, se erguía sobre las espaldas de gente como Oksana y Laszlo; se beneficiaba de sus obras sin mancharse las manos... como tenía que ser.

—No te he llamado para hablar de Lord Arkady. —Konietzko frunció el ceño cuando avanzó hacia Oksana y la asió por los hombros con sus fuertes manos—. El final de nuestra lucha está próximo. —Clavó sus ojos en los de ella—. Más próximo de lo que muchos se dan cuenta o están dispuestos a admitir. Habrá muchos sacrificios que debemos hacer... —Hizo una pausa. Su mirada ahondaba en la de Oksana; ésta estuvo a punto de retroceder, pero el margrave la sujetaba con firmeza—. Sacrificios dolorosos, pero necesarios. —De nuevo, el silencio. La observó, la estudió, en busca de algún indicio de comprensión.

Oksana quería decirle que lo entendía. ¿Acaso no había sacrificado ella su primer hogar, a su madre, su lugar entre los Señores y acaso también su honor? Pero, con la misma firmeza con la que aquellos dedos le sujetaban los hombros, aquellos ojos le sellaban los labios.

—Pronto llegará la hora en la que podamos vernos en público, entre los demás Garou. Tendremos que tomar decisiones... y quería verte, a solas, sólo una vez más antes de ese momento. Hija mía. —La abrazó y la apretó contra su pecho.

Oksana se demoró en devolver el abrazo. Qué torpes eran ambos, qué poco acostumbrados a las intimidades del alma. Pronto se hubo acabado. Konietzko volvió a estirar los brazos, alejándola de sí. Consiguió esbozar una especie de sobria sonrisa; la palmeó en el hombro, como haría con un soldado. Oksana saludó con la cabeza, y se fue.

Capítulo veinte



Cuando volvieron a llamar otros nudillos a la puerta de Konietzko, éste se encontraba sentado a la mesa, enfrascado en los mapas.

—Adelante.

Korda Laszlo penetró en la pequeña y espartana habitación. Konietzko no levantó la vista de la mesa.

—¿Sí?

Laszlo hizo una reverencia.

—Mi señor margrave, Veloz como el Río se ha marchado del túmulo. —Esperó, pero Konietzko no dijo nada—. Supuse que querriais saberlo. —El margrave asintió de forma casi imperceptible—. Helena Lenta en la Ira también se irá pronto.

—¿Algo más? —preguntó Konietzko, malhumorado.

—Nada de relevancia, mi señor margrave.

—Entonces, puedes irte.

Laszlo comenzó a retirarse.

—Laszlo —llamó Konietzko, sin levantar aún la vista de los mapas: uno detallaba todos los puntos donde se habían avistado

sanguijuelas en un radio de cien kilómetros del túmulo durante los últimos cinco años; el otro era un dibujo de la cuenca del río Tisza.

Laszlo se detuvo.

—¿Sí, mi señor?

—¿Has visto esta noche a la mujer de la manada de Pisa la Mañana?

—Sí, mi señor.

—¿Conclusión?

—Creo que podrá conservar la confianza de Pisa la Mañana.

—¿Y servirnos?

—De uno u otro modo, bien sea a sabiendas o de forma involuntaria... sí.

—Entiendo.

—Pisa la Mañana posee la cualidad de conseguir que quienes lo rodean se pongan de su parte. Aunque también eso nos puede beneficiar.

—Ya se ha ido, la mujer.

—Oksana Yahnivna Maslov. Sí, se ha marchado. —Laszlo soltó una risita—. Parecía interesada en veros... pero, claro está, no había necesidad.

—Tú lo has dicho. Eso es todo.

Laszlo quiso señalar algo más, pero reconsideró lo oportuno del comentario y prefirió respetar la brusca despedida del margrave. Cuando la puerta se hubo cerrado y Konietzko estuvo de nuevo a solas, volvió a concentrarse en los mapas de los que no había apartado la mirada. Su mente, no obstante, seguía con Oksana.

Se había dado cuenta de que la mujer llevaba puesto el cinturón que él le había regalado hacía años, curtido con los tendones de su propio muslo. Había pretendido que el regalo la

uniese a él, aunque el tiempo y la distancia los separaban, aunque ahora se planteaba la posibilidad de que él se hubiese vinculado con la misma firmeza a ella, su primera hija Garou. Ese lazo era algo que no podría permitirse si quería cumplir con su destino y unir a la nación Garou.

Los mapas. Se recordó que tenía que estudiar los mapas. Pero su mente divagó de nuevo: en esta ocasión, no hacia el este con Oksana, sino hacia el oeste y al norte, adonde pronto partiría ella. Todos los ojos, no dentro de mucho, se volverían hacia el Clan de la Forja del Klaive. De eso se ocuparía el margrave Yuri Konietzko.

GHERBOD FLEMING. Escritor de novelas de fantasía enmarcadas en el universo de *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming es un seudónimo, y su verdadero nombre es John H. Steele. Nació en 1962 y en la actualidad vive con su mujer y tres gatos, posiblemente, en Atlanta, aunque, debido a que quiere mantener su vida privada en secreto, poco más se sabe, tanto de sus inicios en la literatura, como de sus inquietudes más básicas. Según sus más allegados, nunca ha sido empleado o ha recibido emolumento alguno de la Agencia Central de Inteligencia (a.k.a CIA), lo que no nos da demasiadas pistas acerca de sus afiliaciones, filias o fobias.

Tras mucho tiempo escribiendo relatos para los más variados fanzines, pasó al terreno profesional colaborando en varios módulos y suplementos de White Wolf, hasta que decidió, gracias a la buena aceptación que tuvo en la empresa, en 1997, la propuesta de su primera novela, *El abogado del diablo*, dedicarse sólo a escribir narrativa. Las buenas ventas posteriores de la trilogía avalaron su decisión así que, desde entonces, sólo ha escrito novelas de *Vampiro* en el *Mundo de tinieblas*.

A primeros de 1999 se comenzó a publicar, en Estados Unidos, la macrosaga, de libros de lectura independiente, *Novelas de clan*, que dedica una novela a cada uno de los clanes de vampiros del *Mundo de tinieblas*. Gherbod Fleming fue co-escritor de la serie (junto a Stewart Wieck), y escribió cinco de ellas: *Gangrel*, *Ventruue*, *Assamita*, *Brujah* y *Nosferatu*.

